VIETATO
APRIRE
IKARI
www.Lookism.info
IKARI

«Soñé que era Jesucristo
y la besaba a usted.»

Crosthwaite reinventa los Evangelios:
el Mesías regresa al barrio,
más amoroso que nunca.

Luis Humberto Crosthwaite

# Aparta de mí este cáliz

Edición de Cuarentena
2020

A quien corresponda:
El autor de esta obra autoriza su
distribución gratuita
en formato digital

Edición de Cuarentena 2020
es un homenaje y una celebración
editorial dedicados a la vida
de nuestro querido amigo
Hebert Axel González
(1960-2020)

Imagen de portada: Orticanoodles.
Stencil-Porta Ticinese, Milán.

Ilustraciones: Flor Guga
Maquetación: LhC

© Luis Humberto Crosthwaite

Aparta de mí este cáliz
Primera edición en Edición de Cuarentena 2020.
Primera edición en Tusquets Editories, colección Fábula, 2013.
Primera edición en Tusquets Editores, colección Andanzas, 2009

**Somos asunto de muchísimas personas:** Karla y Lh desean agradecer a sus infatigables amigos y parientes: Ángel Luna, Verónica Roldán, Carlos Corro, Abraam Pacheco, Alfredo Carapia, Jorge Gutiérrez Ruiz, Claudia Morfín ("iaia"), Flor Guga, Ricardo Peláez Goycochea, Santiago Vaquera, Carlos López ("Topo"), Brandon Engrandes y Giovanna Engrandes.

# Índice

A modo de presentación, 6

Aparta de mí este cáliz, 9

Apéndice

Nuestro hombre en Tijuana, 131

Un Jesucristo para Tijuana, 136

Reintérprete de la figura mesiánica, 141

Portadas, 143

# A modo de presentación

Karla Rojas Arellano

Lo que a continuación se escribe es el resultado de la admiración y enorme cariño que siento por esta novela y por su autor. Me refiero a ellos en ese orden porque así los conocí. El título de este texto tiene la siguiente justificación: no se puede presentar lo que no necesita presentación; sin embargo, he sido honrada con la tarea de presentar la reedición de mi novela consentida *Aparta de mí este cáliz,* que cumple once años y se mantiene tan joven y vigente como la primera vez que vio la luz.

En ella, el autor reinterpreta el mito y actualiza la historia de la figura mesiánica y salvadora de Jesucristo, lo cual ya es mucho decir. Tocar los símbolos sagrados y jugar con ellos, bajarlos del pedestal y ponerlos a vivir la cotidianidad de cualquier mortal es siempre un riesgo. En este caso, la pericia y el genio narrativos de Luis Humberto Crosthwaite logran que más allá del argumento y la estructura, la novela se mantenga vigente por su lenguaje, que además de conciso —característico del autor— se llena de poesía en los pasajes dedicados a una amada omnipresencia femenina. Estos pasajes poéticos revelan una sensibilidad que no ha sido explorada en otras obras del autor, quizá sea la razón por la que *Aparta de mí este cáliz* se vuelve particularmente entrañable. A diferencia de otros autores, que han escrito excelentes reseñas, yo no puedo centrarme solo en la figura del Jesucristo moderno, enamorado y terrenal. Me gusta pensar en el lenguaje poético con el que arma la trama de una novela que se vuelve un punto de inflexión en su obra.

Pero hagamos un poco de historia: la primera vez que leí a Luis Humberto Crosthwaite, fue en la antología *Hecho en México,* compilada por Lolita Bosch. *Misa fronteriza* fue para mí una revelación, una epifanía que compartí con el protagonista. Me identifiqué con el autor, con su lenguaje, con su gusto por la música popular y la manera en que dejaba que todas esas referencias permearan su obra. Después de esa lectura me di a la tarea de buscar los libros del autor fronterizo del que tan bien hablaban Lolita Bosch y Javier Cercas. Así fue como llegué a esta novela. También podría decirse que fue así como me llegó La Palabra. Acúsome de dejarme apantallar por la pluma del escritor tijuanense a quien le bastó una palabra para sanar mi alma.

*Aparta de mí este cáliz* es un mosaico armado con las obsesiones del autor —con las que me identifico—; en ella se cuelan, a través de la vida de un Jesucristo norteño y fronterizo, las referencias a la música, el cine, la literatura y por supuesto: la Historia. El escenario es su ciudad, una Tijuana que se transforma y lo recibe luego de muchos años de encierro, cambiada, moderna, sin sus calles polvosas y sin pavimentar, sin los amigos que ahora son hombres casados llenos de obligaciones aburridas.

En la novela destaca la figura de un mesías, Jesucristo, que vuelve sin haber muerto y resucitado. Un mesías que encuentra todo cambiado pero al mismo tiempo igual: los intereses que mueven al mundo siguen siendo los mismos, las preocupaciones de la gente siguen siendo las mismas, sus seguidores siguen esperando los mismos milagros, las mismas manifestaciones de poder. A todo ello, sin embargo, se sobrepone el amor, pero también el deseo. El amor de Chuy por esa mujer omnipresente, amada y evocada a cada momento de su vida, el amor por Lázaro y su familia, los apóstoles y los muchachos. El deseo que representa Hortensia, esa presencia que lo vuelve un mesías carnal, mundano, terrenal. Un mesías que comete errores, que

los paga caro o que simplemente no los termina de pagar, como lo de el Pequeño.

La muerte del Pequeño es la cruz que debe cargar, una cruz metafórica pero que pesa tanto o más que la real. Para asegurarse de que cargue esa cruz está el Hermano, omnipresencia opuesta a la de la mujer amada. Luz y sombra en la vida de este Jesucristo de la frontera, los polos en su búsqueda de la verdad y la paz. Lázaro, como una especie de Virgilio, acompaña a este mesías en su búsqueda infructuosa. En un final abierto, el lector sacará sus propias conclusiones, la mujer amada no da las señales por las que él clama para sostenerse en su fe. Ya todo da igual, hay un destino ineludible que debe cumplirse. Se beberá el contenido del cáliz de dudas que la amada omnipresencia no apartó del protagonista.

Estamos ante una novela circular y onírica, en la que todo el tiempo volvemos al sueño que atormenta al protagonista. El cáliz que debe beber es el de la culpa, pero también el de la ausencia, el de la soledad antes de enfrentar la muerte.

Más allá de la posible polémica que pudiera suscitar el título y el argumento, prefiero enfocarme en el uso del lenguaje, darle voz a un hombre enamorado sin caer en los lugares comunes no es tarea fácil; Luis Humberto Crosthwaite logra transmitir la dimensión del amor de su personaje con las palabras precisas, profundas, contundentes. Logra que el lector anhele un beso como los que imagina su mesías enamorado y soñador.

Al final no importa si es o no crucificado, no importa si logra o no su misión de paz. Al final, el lector termina preguntándose quién es esa misteriosa mujer a la que se dirige con tanto fervor, con esa devoción que todo lo rebasa, por la cual emprende su trabajo mesiánico.

Al final, queremos saber quién es usted, Señora, y si el nuevo salvador ha podido besarla, besarla a usted. &

# Aparta de mí este cáliz

*Y hasta la vida diera*
*por vencer el miedo*
*de besarla a usted.*

Gabriel Ruiz Galindo

# I

Soñé que era Jesucristo y la besaba a usted.

Soñé que era Jesucristo y la besaba apasionadamente.

Besos mesiánicos, salvadores; besos en sus manos y sus pies.

Soñé que era Jesucristo y buscaba sus labios para besarla una vez tras otra.

Soñé que caminaba sobre agua, que tenía seguidores, que los romanos se impacientaban conmigo, que multiplicaba el pan, que me dejaba crecer el cabello, que me paraba encima de un monte y contaba parábolas y sonreía y me enojaba.

Y lo hacía todo por usted.

Tenía prisa de acabar con la misión que me habían encomendado. Todas esas responsabilidades me alejaban de su bendita presencia.

Me sentía recién casado en ese sueño. Le hablaba por teléfono cada hora, anhelaba un futuro repleto de hijos y nietos, lo imaginaba colmado de delicias.

Era un Cristo enamorado, un Cristo feliz.

# II

Antes solo tenía un sueño recurrente. Uno solo que se repetía, que era imposible quitar.

Un momento estaba parado, más bien sentado en el borde de un muro, luego me caía. Abajo, abajo, abajo.

El sueño no empezaba cuando estaba sentado, no. El muro era una suposición, algo que materializaba la caída, algo que le daba una base lógica. El sueño, en sí, arrancaba cuando ya estaba cayendo. Abajo, abajo, abajo.

Tampoco tenía un final. Es decir, nunca me estrellaba con algo duro, con el suelo, con un piso o una calle; nunca moría hecho pedazos en el asfalto o ahogado en el fondo de un pozo. Simplemente caía. El sueño era la caída. Era un casi sueño, parcial pesadilla, sin historia.

No me gustan los sueños sin historia. No me gustan, para nada. Hubiera preferido otro. Un sueño con una trama más evidente, menos fragmentaria. En realidad nunca he tenido de dónde escoger. un sueño, eso es todo. Ningún otro. Me acordaría.

# III

En resumen: soñé que era Jesucristo en sus tres últimos años. Mi sueño era como esas películas de Jesucristo, pero distinto. Era un Cristo más terrenal: bebía, fumaba, moría por usted; pero también era mesiánico, con ideales, con sentido de justicia y de igualdad. Nada que ver conmigo y a la vez todo lo que era yo.

Usted estaba en ese sueño, era una presencia importante, omnipresente. Era mi motivación, la razón por la que había emprendido la misión de salvar a los hombres. Era la luz y la sombra de mi sueño, mi más grande dulzura y vanidad. Si me peinaba era por agradarle, si me sentía fuerte era para que usted estuviera orgullosa de mí. Mis pasos eran sus pasos, lo mío era suyo: acciones, palabras, ademanes y gestos.

Usted era mi diario, mi ego, el oído y la mirada en el desierto.

Yo mismo era distinto; es decir, yo, yo, yo, el mismo; a la vez, salvador de los hombres, con ideas innovadoras, constructivas. Mi meta era rescatar a la humanidad de sus pecados, claro; pero los medios diferían. Por ejemplo, tenía problemas con la crucifixión, me parecía sumamente grotesca, además de dolorosa. Pensaba que era un asunto superable, que se podía reemplazar con algún otro acto menos (cómo decirlo) ¿complicado? Creía que podía alcanzar la misma meta sin tanto melodrama, alterando ligeramente los hechos.

La crucifixión era desagradable. Me decía: "Acepto esta cruz, pero tendrá que haber cambios".

# IV

Besarla a usted, eso era importante en mi sueño.

Besarla y salvar a los hombres.

A los hombres y a las mujeres.

A los niños y a las niñas.

A los jóvenes en general.

Tragarme sus pecados como si fueran una espada candente.

Llevarme sus pecados como si fueran un manojo de llaves, todas iguales.

Depositar en mí sus pecados como si fuera una cuenta de ahorros, un cheque sin fondos, un banco olvidado.

# V

Lo del Pequeño fue un error.

# VI

No parece ser el mismo barrio. Las calles están pavimentadas, con semáforos en las esquinas. Adiós a la vieja terracería que empolvaba todo lo que estaba alrededor. Caras nuevas, miradas nuevas, aspiraciones nuevas.

Mis amigos más cercanos (Abraham, Isaac, Piolín) han desaparecido. Los pocos que encuentro (Zacarías, Jeremías, Pelón, Hiram) me dan la espalda. Nada quieren saber de mí. Ya no son los mismos, casados, papás gordos y entregados a su religión, adictos en recuperación. Encuentro que mi casa está vieja y en malas condiciones, más chica de lo que recordaba, encogida. La hierba ha crecido en el patio, nada parecido al jardín que mi mamá mantenía con tanta diligencia. Las flores, los colores. Mi mamá ha desaparecido, hace muchos años que mi mamá desapareció.

La puerta sin candado, las rejas oxidadas. Algunas ventanas quebradas; polvo y recuerdos en todas partes.

Mañana compraré fusibles y un tanque de gas. Encenderé el bóiler, reemplazaré focos. Todavía hay fotografías en las paredes. Repararé las ventanas. Amontonaré memorias, haré una pira, intentaré quemarlas.

# VII

Matar tiene un valor en el barrio, no es cualquier cosa. Los niños de aquellos tiempos ahora son muchachos y me saludan. Se acercan, se presentan como hijo de, hijo de, hijo de. Es importante para ellos que identifique a sus familias. Son gente del barrio. Raza.

Se corre la voz de que ha vuelto uno de los viejos, el que estaba encerrado. Para ellos soy un héroe, un caudillo maltrecho que ha regresado de una guerra legendaria. Me saludan, me admiran, dicen usted esto, usted aquello. Tienen el mismo fuego en los ojos que tenían sus padres cuando ellos y yo éramos dueños del barrio. Recuerdo las celebraciones (bailongos, lunadas, cotorreo incesante, llantas quemadas hasta el amanecer) y por un momento siento que aparece ese viejo brillo en mis ojos, ese conocido calor en mis manos.

Recuerdo a sus tías, señoras de ahora. Podría hablar del color de sus vestidos y del olor de sus perfumes. Podría ser indiscreto, hablar de una en particular. Podría decirles qué película fui a ver con ella en una fecha específica. Lo que hicimos después.

Podría decirles que sus papás eran mis fieles compañeros de batalla, podría hablarles de un barrio en donde sobresalían los más feroces. Podría decirles que sus abuelos me señalaban, decían que yo era el que influía sobre los otros, sobre sus hijos: todo eso era un invento que habían hecho para justificar a los suyos. Decían que yo era lo peor del barrio. Exageraban.

# VIII

Besarla, de eso se trata. Poner mis labios junto a los suyos, ya sabe, presionar y moverlos por veredas húmedas de saliva.

Besar sin mayores pretensiones ni objetivos.

Besar por el besar mismo; pero hacerlo, eso sí, profundamente.

Besar hasta el cansancio.

Besar con lengua y boca entera de largo y ancho.

Besar hasta que no queden líquidos entre nosotros, hasta que me diga usted que ya.

Solo si me lo pide le daré un breve descanso (muy breve) y luego besar, besar nuevamente. Con ímpetu.

Besos arrolladores, de esos que dan de qué hablar y hacen que las personas se detengan a mirarnos en la calle.

Besar como en las canciones románticas: como si fuera la última vez.

Con mordidas dolorosas y dulces.

Hasta que los transeúntes digan basta.

Hasta los límites de la moralidad, y unos pasos más adelante.

Besar con tanta indecencia que parezca un acto ilegal, criminal, primordial.

Lo haremos delante de niños y niñas que sonreirán entusiasmados.

Lo haremos delante de adultos y adultas que nos odiarán por la repentina envidia.

Lo haremos delante de perros que ladrarán toda la noche.

Lo haremos delante de gatos que maullarán enloquecidos.

Lo haremos en las bancas de los parques y en las paradas de los camiones.

Lo haremos a la vista pública pero lo haremos también en privado.

En privado: besarla a usted sin miedo, con gusto, en silencio y haciendo mucho ruido.

El caso es besar.

Besarla a usted.

# IX

En mi sueño había apóstoles, había fariseos, había pecadores y pescadores. El sueño se situaba en Jerusalén (a donde yo había entrado en burro, según lo señalaban las profecías), pero la capital judía era como este barrio lleno de luces. Y estaban los muchachos, ellos me cuidaban, se preocupaban por mí.

—Los romanos —decían—, hay que cuidarse de ellos.

No entendía su preocupación.

¿Debemos temer a los romanos? ¿Qué no son nuestros amigos? ¿Qué no prometieron defendernos de la adversidad, tratarnos con justicia? ¿Qué no dijeron que solo estaban aquí para ayudarnos, que se irían en cuanto resurgiera el orden, en cuanto se acabara la amenaza, el terrorismo?

Mientras los muchachos hablaban con nostalgia de un tiempo que no habían vivido, del cual solo conocían historias, los apóstoles insistieron en mantener una postura amistosa y pacífica con los romanos.

—Son nuestros aliados —decían los apóstoles y balbuceaban algunas palabras en latín.

# X

De uno en uno llegan los muchachos. Entran a mi casa, saludan y guardan un respetuoso silencio. Se acomodan donde pueden, a mi alrededor. Esperan de mí palabras llenas de sabiduría, que los ilumine, que los ayude a entender. Solo atino a pedirles una cerveza.

Se reúnen por la tarde. Santiago, Timoteo, Ezequiel, Isaías, Juan Pablo, Martín, Bruno Julián, Jacob, Iker, Homero... Traen botellas, bolsas de papas fritas y deseos de ayudar. Limpian la casa, arreglan las ventanas, quitan las hierbas secas del jardín. Laboran afanosamente hasta que les digo que ya estuvo, que es hora de sentarse a cotorrear. Los acompaño, cerveza en mano, compartimos cigarros y experiencias. Les interesa el barrio, la historia, cómo fue que comenzó.

—Ya saben —les cuento—, en el principio fue la Palabra.

Ellos me escuchan con un asombro que desconocía, así como deben ser los niños cuando se les cuenta una historia de miedo; así los veo, atentos y con los ojos muy abiertos. Santiago, hijo de Humberto y Teresita; Juan Pablo, hijo de Aarón y Paulina; Martín, hijo de Neto y Antonieta. Bruno Julián, hijo de Ángel y Verónica. Jacob, hijo de Alfredo y Nadia. Iker, hijo de Jorge y Claudia. Homero, hijo de Pepe y la Güera. Todos eran niños o no habían nacido cuando me llevaron al encierro. Ahora todos los niños del barrio están aquí para cuidarme.

# XI

Me sorprende tener una respuesta para todas las inquietudes de los muchachos, me sorprendo porque yo nunca he sido de los que da explicaciones. Después de tanto tiempo encerrado, creo que a uno se le acumulan las ganas de hablar, de soltar al mundo lo que se fue guardando en la cabeza durante esos años. Por supuesto, yo no sé nada de nada así que mucho de lo que les digo es inventado.

—Y la Palabra era curada, y antes de la palabra no había nada y después de la palabra ya estaba el barrio. Y el barrio era muy distinto a como lo es ahora. Bella era la humareda de los camiones que atravesaban las calles polvorientas. Hermosas las señoras que corrían al mercado y preparaban la comida del marido. Fascinante era la devoción de los amigos, los que nos reuníamos ahí enfrente, donde ahora es un Oxxo y antes era la licorería de don Moisés.

Los muchachos están a mis órdenes. Desde un principio me dijeron que esperaban una señal mía, era todo.

No me van a dejar solo, eso me queda claro. Me despido de ellos porque ya es tarde y no aguanto las desveladas como en otros tiempos. Ellos entienden. Hacen una fogata a un lado de mi casa.

El Hermano viene en camino, los oigo decir. Hay que estar preparados.

Me duermo con el arrullo de sus voces y sus risas.

# XII

Usted está lejos. Está lejos.

Me ha dejado solo para que me las arregle como pueda. Y desde aquí le hablo y desde aquí le escribo. ¿Acaso me oye, me lee? Su silencio y sus no-respuestas ponen a prueba mi fe. Requiere que yo crea en usted a pesar de sus no-palabras y sus no-señales.

Está bien, intentaré ser fuerte en esta soledad; estoy aquí, postrado ante su no-presencia para decirle que creo firmemente en usted y estoy escribiendo estas líneas para que las lea. Si no, ¿qué sentido tendría escribirlas?

# XIII

Los apóstoles se quejan del cuidado que me brindan los muchachos. Dicen que antes era distinto, cuando solo éramos ellos y yo, predicando en los alrededores del mar de Galilea. Quien lo dice es el apóstol Tomás.

—Parece que usted no se acuerda, rabí. Antes, cuando nomás éramos usted y nosotros, la vida era más sencilla. Trabajábamos un rato, descansábamos. Otro ratito más y volvíamos a descansar. No había tanta prisa y nunca nos quedábamos sin comer porque del pan surgían peces y el agua tenía sabor a vino. Platicábamos sobre mil acontecimientos y usted tenía tiempo para cada uno de nosotros, se interesaba en nuestras vidas, preguntaba por nuestros hijos y nuestras esposas. A veces tenemos cosas importantes que decirle, rabí, necesitamos que nos ofrezca un consejo, qué se yo, alguna parábola que nos inspire a seguir adelante con la misión.

No sé de qué me habla. Empecé este sueño a la mitad de una escena, cuando ya estaba preparada, los personajes y situaciones en su lugar. Fui el último invitado a la fiesta.

—En esa época yo era su consentido, ¿lo recuerda?

No solo no me acuerdo, sino que no le creo nadita a ese tal Tomás. De cualquier forma, me parece lógica la petición de los apóstoles. Hablé con los muchachos, de manera paternal, sin ofenderlos, duro y a la vez comprensivo.

Parecieron entender mis razones: claro, los apóstoles, ellos tienen una misión, hay que ser tolerantes, a veces necesitan

hablar conmigo sobre ciertos temas. Mejoraban las relaciones entre los muchachos y los apóstoles, los unía una causa común.

Luego surgía algún conflicto: los romanos entraban intempestivamente al barrio, esculcaban casas y personas, buscaban, buscaban, se llevaban a dos o tres para escarmentar. Se encendía una hoguera en el corazón de los muchachos y ellos entraban nuevamente en acción.

—Usted no se preocupe, nosotros lo vamos a cuidar.

Cerraban filas alrededor mío, cancelaban mis audiencias con los fieles y los apóstoles se volvían a quejar.

# XIV

Descubrí (con cierta frustración, no lo niego) que no era el único mesías de la ciudad. Había muchos otros que contendían por ese título. Aparentemente no era cuestión de nomás declararse Rey de Reyes, también había que demostrarlo de alguna forma, aunque nadie se ponía de acuerdo en cómo hacerlo.

Había mesías en cada esquina. Mesías que tragaban fuego, que limpiaban los parabrisas por una moneda. Mesías andrajosos y limosneros.

Había mesías adinerados, empresarios. Aparecían sonrientes en las primeras planas de los periódicos, solicitaban un voto de confianza. En la televisión, lo mismo: poderosos hombres y mujeres que querían ser el único hijo de Dios, sonreían y conversaban con el teleauditorio acerca de sus planes para el futuro. Tenían lemas como "Por un mundo sin corrupción", "Fin a la inseguridad", "Empleos para todos y todas". Se lanzaban a la campaña como si fueran miembros de partidos políticos. Reunían multitudes en las plazas principales, hablaban mal o bien de los romanos, hacían promesas: agua en todas las colonias, menos impuestos, bonos de despensa para quienes los apoyaran.

Cada partido tenía su propio ungido que recorría los barrios y saludaba a la gente, repartía información y sonrisas y se dejaba retratar con los niños. Por lo general caían en el lugar común de "Dejad que los niños vengan a mí". Pero al pueblo no se le engañaba. Las profecías claramente indicaban que el nuevo mesías saldría directamente de los barrios y no de las mansiones.

No faltaba quien dijera que era una cuestión de interpretación, que una mansión bien podría ser una forma de barrio, con su benévolo jefe, su familia y sus empleados.

# XV

Todo empezó con Lázaro. Antes de eso, yo era una figura menor, uno de tantos que se perdía entre la multitud.

# XVI

También había profetas.

Como las profecías mismas no se adecuaban a los intereses de los que buscaban ser el único mesías, partidos políticos e intereses privados inventaban sus profetas para que llevaran a las calles su verdad.

Eran un buen artificio. Predicaban en los ríos y bautizaban a los creyentes, anunciando el advenimiento del único mesías. Se subían a los camiones, con guitarra en mano y cantaban sus augurios, que solían promover a un candidato específico.

Algunos profetas escribían para los periódicos. Unos estaban a favor o en contra de ciertos candidatos, especulaban, desarrollaban encuestas y publicaban los resultados con vistosas gráficas que demostraban quién era el mejor.

No me molestó que nunca se hablara de mí. Seguía con interés los debates en la tele. A veces uno de los mesías me convencía de sus propuestas. Olvidaba que yo también, desde un rincón aislado de la ciudad, era un contendiente.

Muchos profetas, distintas ideas pero todos coincidían: el mesías ya estaba aquí, caminando entre nosotros, solo diferían en el nombre.

¿Quién era el verdadero redentor? Todos levantábamos la mano. Yo, yo, yo. Me sentía feliz en ese mundo de mesías y profetas, no estaba solo. Me gustaba eso.

# XVII

Pero yo era Jesucristo. No cualquiera que simplemente ostentara que era el único y verdadero salvador. La noticia me fue revelada en un sueño: yo era Jesús y la besaba a usted.

No me parecía casual que soñara que era Cristo en una época en que se solicitaba de nuevo la llegada del Hijo del Hombre. Incluso, el hecho de besarla me pareció que portaba un mensaje profundo. No soñé que era Jesucristo nada más sino que era un Jesús enamorado, un Jesús apasionado, capaz de tomarle la mano y caminar por una playa en domingo con niños y fiesta alrededor. ¿A poco no es más placentero un mesías con buenos sentimientos y buen corazón? ¿A poco no se antoja rezar ante una figura que demuestre su amor tocando pieles, besando labios?

No soy perfecto, ya lo sabe, he hecho tonterías como cualquiera. Lo del Pequeño… bueno, eso fue en el pasado, eso se dio en un momento determinado de mi vida, no hay pretextos. Claro que no estoy orgulloso de ello, y no trato de justificarme: eran otros tiempos. La violencia ocupaba un lugar importante en mi corazón, pero ya tuve oportunidad de que se apagara esa lumbre, esos ardientes remolinos.

Le sorprendería verme ahora. A veces soy tan serio que yo mismo me asombro, a veces dudo de mí, a veces soy muy seguro. Me pregunto si en verdad estoy soñando.

En cualquier momento podría despertar y descubrirme a su lado, el mismo esposo enamorado que busca su cuerpo en las mañanas. El mismo empleado que tiene que arrancarse de usted

para no llegar tarde al trabajo. El mismo desesperado que mira y mira el reloj intentando que la jornada pase con rapidez. El mismo que corre a la casa en busca nuevamente de sus brazos.

# XVIII

Hubiera estado bien que fuéramos muchos, un ejército, ponernos de acuerdo, sindicalizarnos. Las profecías, sin embargo, eran muy explícitas: no hablaban de sindicatos, asambleas, organizaciones civiles. Se requería uno solo. Uno solo para estos tiempos, para salvar al mundo y a la humanidad. Uno solo para controlar el tráfico vehicular y el orden público. Uno solo para traer tranquilidad e impedir que se vaya todo al carajo.

Me gustaba ser un personaje secundario, me resultaba menos comprometedor. Ya lo había aceptado. Me gustaba estar en la nómina de los que son "uno de tantos". Había menos responsabilidades. Lo prefería.

# XIX

¿Qué es un enemigo sino el reflejo de uno mismo? Yo no pensaba tanto en el Hermano, pero como soy protagónico (lo sé), tendía a creer que él estaba obsesionado conmigo. Según yo (mi vanidad), mi rostro era lo primero que veía al abrir los ojos en la mañana; a partir de ese momento, y hasta que se volvía a dormir en la noche, el Hermano solo pensaba en maneras de consumar su venganza.

Es claro que mi enemigo no es una persona elocuente. Me ha enviado una serie de amenazas escritas en pequeños trozos de papel. No firma las amenazas, pero reconozco su letra apretada, llena de rencor.

He aquí una muestra de las amenazas:

"Cruz, cruz, que se vaya Jesús."

"Clavo, clavo, clavo."

"Botellita de jerez, todo lo que digas..."

"Si resucitas, te vuelvo a matar."

Me imagino (mi vanidad) que incluso dormido, el Hermano piensa en formas de matarme.

# XX

Querido Lázaro: tus hijos vinieron hoy, muy preocupados porque han pasado varios días sin que regreses a casa. Han decidido reportarte con los romanos. Horas de espera en la antesala, ensayando palabras en latín, sabiendo que las autoridades no entienden ni quieren entender el arameo.

Los romanos aceptaron el reporte, pero no dieron muestras de interesarse por el asunto. Ahora tus hijos están aquí, buscando que los ayude. Lazarito tiene tu mirada, a Lucas le gusta inventar historias y Josué tiene tu carácter, está muy enojado contigo:

—No es justo que papá le cause tantas preocupaciones a mamá —me dice.

—Usted lo conoce, rabí —dice Lucas—. No es normal tantos días fuera de la casa. A veces se emborracha, es cierto; a veces pierde el camino pero siempre regresa.

¿Yo qué puedo decirles? Seguro se encontró una fiesta, no tienen por qué preocuparse. Pronto recibirán noticias, ya lo verán. Las palabras que se dicen cuando no hay más que decir.

Querido Lázaro, la verdad es otra: en un lote baldío, a orillas del barrio, estás envuelto en una cobija, bien muerto y bien solo.

# XXI

Abro el changarro a las ocho de la mañana. Es importante dar una imagen de eficiencia y responsabilidad, me presento con puntualidad. Para entonces ya hay una fila de personas esperando, desamparados que deambulan entre un mesías y otro, a ver cuál de ellos hace un milagro.

Afuera siempre están los muchachos, cuidándome. Los apóstoles se quejan de lo que puede crear en la opinión pública la imagen de un hombre custodiado. Sienten que los muchachos me hacen ver arrogante, distante del pueblo.

En su momento pensé que tenían razón; ahora veo la necesidad de mantener un estatus, una imagen adecuada de respeto y autoridad. Los fieles no pueden verme como a un cualquiera, debe haber cierta dignidad en mi posición.

Además, es bueno tener colaboradores que sospechen de todo. Antes de entrar, cada uno de los fieles es revisado minuciosamente. No hay que descartar la posibilidad de que alguien se acerque con malas intenciones. Es el sacrificio de una figura pública, pierde su privacidad a cambio del bien común. Cada día, un nuevo riesgo. Nunca faltan los locos, los asesinos solitarios.

# XXII

La gente que se acerca, mis fieles seguidores, me quieren matar, pero de aburrimiento. Vienen a contarme sus penas, sus problemas personales. Como buen mesías los escucho, sonrío. Como buen mesías les doy consuelo. Como buen mesías, la verdad, debería ponerles más atención: problemas con sus esposas, problemas en el trabajo, problemas con los romanos. Se supone que debo ser comprensivo; la verdad es que me aburro.

A veces ni siquiera les pongo atención, inmerso en mis pensamientos. Divago, pienso en otras cosas mientras ellos hablan.

¿De veras podrá salvarse este puerco mundo?, me pregunto.

¿De veras un solo mesías podrá con el paquete de acabar con el hambre y la injusta distribución de la riqueza?

# XXIII

“Es la primera vez que hago esto, yo no acostumbro, cómo decirle, contarle mis problemas a nadie, pero me recomendó mi comadre Rebeca que me acerque a usted, que usted da paz en el alma, y eso es lo que quiero, la verdad, alguien que le dé paz a mi alma y sobre todo a mi corazón que late a mil por hora. Mire, yo tengo este problemita, cómo contarle, me da pena. Antes yo era una muchacha y era distinto, pero ahora estoy casada y tengo hijos y pues mi marido es un buen hombre, pescador. Y quizás si estuviera más tiempo en casa, no sé, pero se va de pesca y me deja sola por largas temporadas y pues una mujer tiene sus necesidades y ahí está la cuestión. Yo sé que no es justo culparlo, es buena persona pero es que no me aguanto, me fluye el amor, me corre por las venas y deseo ser esposa de cuanto hombre veo. Es como una enfermedad, y mire, no es tanto sexual, no estoy hablando de algo tan pecaminoso sino medianamente pecaminoso. No soy amante de nadie, al menos no en el sentido corporal sino que más bien soy esposa de muchos. ¡Ay, cómo explicarle! El otro día llegó el cartero a mi casa y lo dejé entrar a mi cocina, le preparé un desayuno, lo dejé satisfecho y se fue bien contento. Me sentí realizada, me sentí feliz. ¿Por qué, por qué, maestro? También sucedió cuando llevé mi coche a la afinación y platiqué con el mecánico, lo mismo, me cobró de más pero no solo eso, yo me llevé su ropa para lavarla, y fui feliz quitándole la grasa a sus pantalones. Mi comadre la Rebeca se preocupa por mí y teme que yo vaya a dar el siguiente paso, que es dejar que un canalla se

meta entre mis sábanas, pero yo creo que ese no es el problema. Lo he hecho con muchos hombres, desde coser sus calcetines hasta llevarles lonche al trabajo. En este momento incluso, qué pena, estoy con usted y como que tengo ganas de traerle sus pantuflas y hacerlo sentir cómodo, ¿quiere una cobija para cubrirle las piernas, le acerco el control remoto de la tele, le doy un masajito? Yo sé que estoy mal, pero no sé qué hacer, no sé qué será de mí cuando..."

# XXIV

Es molesto que me interrumpan. He sido muy claro y tampoco me gusta repetir. A veces me siento rodeado de ineptos.

Los apóstoles me desesperan. Les doy una instrucción y hacen lo contrario. Ta ta ta, los apóstoles. Me hubiera gustado escogerlos yo mismo entre la raza del barrio, pero el sueño empezó y ya estaban aquí. Doce apóstoles y ninguna cara conocida.

Les pido que se reúnan y hagan una fila: empiezo el sermón hablando sobre la importancia del barrio, la relevancia de mantener un grupo compacto, integrado.

Otros mesías no tienen por qué enterarse de lo que sucede aquí adentro. Se trata de ser consecuentes, de ver adelante.

Tengo que recordarles el viejo adagio: *Inpulchra vestimenta intra domo lavata est*. Parece que entienden; luego cada uno toma su rumbo, cada uno comete indiscreciones.

# XXV

Me gustaría que fuéramos al cine como lo hacíamos en Galilea. Una película de terror me caería bien, simplemente para evadir responsabilidades, para liberarme por un par de horas del estrés, del aburrimiento.

Usted me diría que prefiere una película con Juanito Depp (a quien admira más de lo que debería, según yo), una historia donde él encarne a un intelectual aventurero, que descubre un documento antiguo que revela viejos secretos que ponen en tela de juicio la historia del mundo y nuestra propia existencia. Algo así, nada complicado.

Perdón por ignorarla, por parecer que no la estoy escuchando. En realidad soy un tipo celoso (como dice la canción) y no quiero saber nada de ese Juanito Depp. Le explico que para encontrar la paz espiritual un Mesías requiere una película de terror: fantasmas, monstruos, decapitaciones, sangre y violencia excesiva...

Repasaría el periódico hasta encontrar la historia precisa en un cine lejano y solitario, en las orillas de la ciudad.

Señora solidaria: ahí estaría usted acompañándome, con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, sobre todo durante las decapitaciones. En cada momento usted querría decirme "ya vámonos, amor, esto es demasiado", pero resistiría hasta el final y su único consuelo sería ver mi sonrisa de satisfacción cuando las luces se volvieran a encender.

—¿Quiere que vayamos a cenar?

—No, no, prefiero ir a casa.

Yo notaría consternación en su rostro. Trataría de tranquilizarla.

—No se preocupe —le diría con suavidad mientras esperamos un camión que nos llevara a casa—. Nada de eso existe, el diablo es un invento para asustar a los niños.

—No se trata de eso, Jesús —me explicaría con una triste dulzura—. Es que durante la película me llegó la idea de que algo malo podría sucederle a usted... Y no me gusta pensar en cosas así.

—¡Qué podría pasarme! —le respondería con una exagerada exaltación. Trataría de suavizar el momento con una mirada burlona y un abrazo, aún sabiendo que usted suele ser acertada en sus predicciones de catástrofes.

Abordaríamos el camión en silencio.

# XXVI

De pronto estoy cayendo, abajo, abajo, abajo.

Empieza el sueño y ya estoy en pleno vuelo; acaba el sueño cuando todavía estoy volando. No cuento con despegue ni aterrizaje, solo la caída.

Según la ley de los hombres, haber pasado esos años en el encierro es suficiente para pagar la deuda del Pequeño. Pero existe otra ley que no me deja olvidar y se manifiesta en este sueño.

Abajo, abajo, abajo.

Debe ser una ley exclusivamente para mí, inventada para joderme.

¿Qué pensaría el Hermano si supiera que sufro esta inclemente pesadilla?

Debería saber que yo soy mi propio castigo, que yo mismo alejo el perdón, que lo he arrojado como una piedra, lejos de mí, que no hay manera de recuperarlo.

# XXVII

Tengo un deseo: regresar a nuestra casa a orillas del mar de Galilea para que usted me reciba con un abrazo y acostarme a su lado. Coger como un par de animalitos golosos hasta que este Hijo del Hombre no pueda más por el cansancio. Después de darle y darle, querría descansar a su lado, prender un Marlboro y descubrir en el techo figuras cursis entre las manchas de humedad.

¿A quién le toca ir por el vaso de agua?

Yo sería quien se levanta de la cama, sudoroso aún y con piernas temblorosas. A usted le divertiría mi pudor, porque cubro mis partes como si fuera un Adán recién expulsado.

De regreso en la cama, platicaríamos sobre la vida en general, lo primero que se nos ocurra, haríamos planes para el futuro, pensaríamos en los hijos que no han nacido: imaginaríamos sus caras, los rasgos repetidos, las cejas, el cabello, los lunares... pondría mi oreja sobre su abdomen para arrullarme con el sonido suave de sus intestinos.

Su vientre: una casa deshabitada en espera de huéspedes.

# XXVIII

Lázaro era legendario en el barrio por haberse robado doce carros y haber intentado venderlos a los romanos. Estaba en el encierro porque los romanos no quisieron pagar, no porque hayan descubierto que eran robados. Eso decía.

El encierro te hace legendario, siempre y cuando no estés ahí por una pendejada. Había otros que entraban al encierro porque los descubrían orinando en la calle o agasajando con sus novias en la vía pública. Ésas eran pendejadas. Unos cuantos días, pagaban una multa y como si nada.

En el barrio se hablaba de nosotros, los encerrados, como si fuéramos estrellas de Hollywood, héroes que habían dado al César más de lo que merecía.

En el barrio no sabían: el encierro era oscuro, el encierro era inmundo.

Éramos estrellas doblegadas: el encierro era aburrimiento y soledad entre la multitud de encerrados. Nos volvíamos hermanos y enemigos, nos amábamos tanto como nos odiábamos. El tiempo era nuestro carcelero, cruel y lento chofer de autobús que no avanzaba.

Lázaro era mi salvador, mi hermano mayor, mi brazo fuerte, mi compañero de llanto y carcajadas. Me decía que le gustaba el mar y que extrañaba echarse unas cervezas con los compañeros del barrio. En el encierro las cervezas costaban una fortuna. Había quienes podían pagarlas, nosotros no. Solo imaginábamos: me enseñó a poner la mano así, como si en ella hubiera un bote.

Me empinaba ese bote imaginario. Al principio solo era aire, pero luego empecé a saborear el líquido fresco y espumoso.

Soñábamos con cervezas y mujeres o escuchábamos algún partido de futbol a lo lejos. Algunos tenían televisión, los muy cabrones. Y cobraban por verla.

# XXIX

Querido amigo: ahora estás bien muerto y bien solo. Dicen que fue el Hermano, que tu muerte era una advertencia para mí. Tú estás envuelto en una cobija y una gran mancha de sangre. ¿Por qué matarte si me quieren matar a mí? ¿No sería más fácil matarme sin preámbulos?

—Nos están buscando —dicen los apóstoles—. Tenemos que ver a los romanos, ellos nos ayudarán.

Los muchachos no hablan, esperan una decisión mía. No quiero decidir, Lázaro. Estoy cansado. Te pediría una cerveza bien fría, esta vez en un bote real, pero estás bien muerto y bien solo.

Si yo fuera un mesías verdadero sabría quién te mató, amigo mío. Esta es una prueba irrefutable de que soy un simple mortal y no está en mis manos solucionar los males del universo. Nada me dice tu cadáver. Solo sangre y soledad.

# XXX

A los romanos les molesta el olor de nuestras calles, el olor de nuestras casas, el olor de quienes caminan delante de ellos. Quisieran estar en Roma: sus grandes calzadas, sus modernos centros comerciales, sus anfiteatros y estaciones del metro. Extrañan a las mujeres romanas que (¡bendito sea Júpiter!) son las más bellas del mundo. No hay ojos más lindos en el imperio mío.

Lamentablemente, las órdenes son claras y ellos tienen que vigilarnos.

"Son como niños", dicen sus órdenes. "Son muy traviesos, no pueden estar en paz. Son salvajes. Necesitan una mano dura que los guíe, que les enseñe a ser dóciles ante el conquistador. No entienden, hay que doblegarlos".

Lázaro para ellos era uno menos.

Los romanos analizan el lugar de los hechos. Acordonan el área, revisan cada milímetro de la cobija con lupas y aparatos especiales. Cerca de la escena del crimen descubren una botella vacía de tequila y la recogen como evidencia. Me preguntan si fui testigo del crimen, les digo que no. Intento explicar que soy amigo de la familia y mostrarles mis teorías acerca de un complot... no les importa.

Conclusión romana: de seguro fue uno de ustedes mismos quien se lo chingó. La investigación *cerrádum est. Carpe tázum.*

# XXXI

Los muchachos aseguran que el Hermano está coludido con los romanos.

Es obvio para ellos que las autoridades no resolverán el crimen. Ojo por ojo, diente por diente, les parece una mejor solución.

Los apóstoles piden cordura.

Los muchachos me recuerdan lo importante que era Lázaro para la causa y para mí, especialmente. El Hermano es responsable, los romanos también. Urge una revuelta, se necesita enfrentar a la dictadura, darle al César lo que es del César y dárselo con furia.

Los apóstoles piden prudencia.

Querido Lázaro: nada se me olvida, es mi maldición. Te recuerdo en el encierro, tu mirada de profeta enloquecido, la manera en que movías las manos cuando hablabas. Recuerdo que te tronabas los dedos y que me desesperaba el sonido que hacían (aunque nunca te lo dije). Y recuerdo cada una de tus conversaciones acerca de Dios. Me decías: Dios está en las palabras femeninas, en los pies descalzos de las mujeres, en sus pasos tranquilos y acelerados, en el sol que brilla en sus cabelleras, en ellas completitas está Dios.

Todo está aquí, en mi cabeza: repleta, infinita, dolor constante.

# XXXII

Paso las noches preparando sermones y parábolas. Pienso en un buen milagro que apantalle a los fieles. Se me ocurren chistes y frases humorísticas que procuro intercalar entre palabras sabias para que ellos se diviertan. No puedo evitar pensar en el futuro, ¿qué sigue después de esto?, ¿tendrá sentido continuar?

Me pesa que usted no me acompañe en estos momentos de incertidumbre. Confieso que a veces elevo los ojos al cielo y no siento su presencia, la invoco y dudo que usted me oiga. ¿Cuándo fue la última vez que escuché su voz?

Creo que hubo un tiempo en que usted ponía su mano en mi cabeza y se iba el dolor. Ahora tengo que ser muy hombrecito y lidiar solo con las penas de este mundo.

Me hace falta un vaso de agua, me hace falta una mejor almohada, me hace falta una silla ergonómica. Dolor en la cabeza y la espalda. Me pesan los pecados de los fieles, son gruesos trozos de metal que tengo ganas de abandonar en el camino.

# XXXIII

Soy un inepto social. Puedo verlo claramente en mi dificultad para asistir al funeral. Invento una serie de pretextos para no estar ahí. Difícil salir de mi casa. Difícil caminar a la funeraria. Difícil dar el pésame a la familia de Lázaro.

Como es de esperarse, la atención gira del muerto hacia mí.

—¿Quién pudo hacer esto, rabí?

—¿Por qué lo hicieron?

—Era tan bueno.

Reparto condolencias como si fueran volantes. Busco las mejores ideas, pienso en virtudes, resignación, un mundo mejor más allá del nuestro. Por más palabras, mi amigo sigue bien muerto y bien solo.

No falta quien me invite a dar un discurso.

Carraspeo.

Pienso en Lázaro, el buen compañero que era, lo importante que fue para mí durante el encierro.

Lázaro...

Lázaro fue...

Lázaro sigue siendo...

Los deudos esperan de mí lo mismo que los muchachos o mis seguidores, las frases precisas que anuncien esperanza, un futuro digno, el fin de los problemas económicos. Es mi oportunidad, los reflectores me señalan...

Fracaso.

No surgen esas frases, se embotellan en mi garganta, no ten-

go nada que decir. Me disculpo, digo que me duele la panza (cosa cierta, además) y me voy corriendo al baño.

Cuando salgo ya nadie espera comentarios del maestro. Permanezco sentado como un deudo más. Lázaro me hubiera ayudado en momentos así. Por eso lo extraño.

# XXXIV

Para evitar distracciones procuro concentrarme en el trabajo. Vuelvo a mis sermones y parábolas, escucho a los fieles, me preocupo por sus problemas.

Hago milagros. En mis buenos días, los ciegos ven y los inválidos caminan. En mis malos días, nadie ve ni camina.

¿Qué caso tiene hacer milagros si no salen todo el tiempo?

No está bien poner la mano sobre los ojos de un ciego y que no suceda nada. Los fieles se miran unos a otros, sin entender, y el ciego ni siquiera eso puede hacer. Soy como un mago al que se le notan las barajas escondidas en la manga.

De ahora en adelante solo haré milagros en presencia de los muchachos. Son incondicionales, aceptan mis errores, no me juzgan. Ellos ya ven mi lugar en la historia. Milagros o no, tienen bien puesta la camiseta, son parte integral del equipo.

# XXXV

Se repite tanto que ha dejado de ser una pesadilla. Abajo, abajo, abajo. La sensación de angustia se vuelve cotidiana. Ya no me preocupa ni tengo miedo de llegar al fondo de esta caída sin fin. No hay un fondo.

Esta repentina serenidad me permite observar que no soy el único que está cayendo. Puedo ver a otras personas a los lejos. Según parece, es un sueño común de la humanidad. Nuestros sueños se entrelazan y nos vemos caer unos a otros. Se nota que unos son de nuevo ingreso porque todavía sufren su caída: patalean o gritan; otros son veteranos y bajan con una serenidad mayor que la mía. Estos últimos estarían incluso leyendo el periódico o haciendo otra actividad si fuera posible. Pero no hay nada más que hacer salvo esperar que el sueño termine.

Estoy enmedio de dos hombres que van cayendo. Veo que uno de ellos intenta decirme algo pero no logra controlar el impulso del descenso y se aleja de mí. Descubro que si extiendo los brazos es posible planear y pronto entiendo la dinámica del vuelo. Soy un experto piloto. Un brazo más abajo que el otro, un movimiento de la cadera hacia la izquierda y fácilmente me acerco al hombre. Le tomo la mano, nos acercamos.

—¿Qué está haciendo aquí, cayendo igual que nosotros? —me pregunta.

—Es un sueño —le digo—, no sé qué más decirte.

—¿A poco los mesías tienen este tipo de sueños?

El otro hombre ha logrado acercarse.

—Para que veas que sí —nos interrumpe—. Cualquiera puede tener estos sueños.

—¿Usted cree que algún día tocaremos fondo? —pregunta el primer hombre.

—No quiero imaginarlo —responde el segundo.

—Sálvese, rabí —dice el primero—. Solo pida ya no tener este sueño y estará despierto y sin pesadillas futuras. Ya quisiera yo tener ese poder.

Ambos pronto se separan de mí y siguen su caída, cada quien por su lado.

Abajo, abajo, abajo.

# XXXVI

En otro barrio, otro mesías hace los mismos milagros. Los apóstoles sienten que nos lleva la delantera.

—No es una competencia —les digo.

—Allá las filas de los creyentes están más largas —insisten.

Ellos deciden mandar un espía para que nos traiga una relación de los milagros que el otro realiza durante su jornada de trabajo. Al final, cuando se cierra aquel changarro, el espía reporta: 40 leprosos, 15 ciegos, 18 inválidos, 6 adúlteras rescatadas de una muerte segura.

# XXXVII

En vista que los romanos no se interesan por el caso de Lázaro, he solicitado nuestra propia indagación.

Ezequiel es un buen muchacho, servicial y polifacético, intuitivo, virtuoso del acordeón. Él mismo se propuso para realizar la indagatoria y fue recomendado altamente por el resto de los muchachos ya que tiene contactos entre los romanos, sabe latín y es asiduo lector de novelas policiacas.

Aquí, fragmentos de su

**I N F O R M E**

**Habiendo hecho las pesquisas necesarias, me dirijo a usted con la siguiente información con respecto a la inesperada muerte de nuestro hermano Lázaro:**

**A pesar de lo que se creía, en el sentido de que el caso se había cerrado antes de tiempo, mis contactos en el departamento de policía me hicieron saber que existen líneas de investigación que aún siguen en curso.**

**No obstante, poco se dice al respecto entre las autoridades romanas, por lo que ha resultado un caso difícil de investigar. Por fortuna he tenido acceso a documentos que constatan las principales líneas de investigación. Estas pueden resumirse en las siguientes:**

**1) caso fortuito, en el sentido que no fue un asesinato alevoso sino producto de una espontánea riña callejera;**

**2) inside job, lo cual indica que se han propuesto hipótesis sobre la posibilidad de que alguien de nuestro grupo haya perpetrado el asesinato;**

**3) motivos políticos, basándose sobre todo en la teoría de que otros mesías trataban de desvirtuar nuestra campaña (esta línea se descalificó porque nunca nos han considerado candidatos con oportunidades reales en la contienda);**

**4) el Hermano, como un acto de venganza por ese hecho conocido de todos y que no es preciso mencionar en el presente documento.**

**Descartando el punto 2 y 3 por razones obvias, realicé mi propia investigación, y a continuación rindo testimonio de mis**

**C O N C L U S I O N E S**

**La noche del crimen, Lázaro fue visto en la cantina Mateo 26:27 hasta cerca de la medianoche. Como es habitual, bebió aguardiente y despotricó contra los romanos. Habló mal de usted (lo cual abrió campo a mayores especulaciones en cuanto al punto 2). Lázaro, al parecer, expresó su descontento sobre la persona en que usted se había convertido desde su salida del encierro. "Ya no es el Chuy de antes", se le oyó decir. "Se ha vuelto engreído".**

**Según reportes, el susodicho abandonó la mencionada cantina alrededor de la medianoche.**

**Posteriormente, un testigo asegura haberlo visto orinando en una calle cercana al lugar de los hechos. Lo demás es especulación de quien esto redacta: Lázaro fue seguido hasta el lote baldío o pudo haberse reunido con algunos conocidos en ese lugar, donde fue ultimado.**

**Aparte de los motivos del asesinato, queda el misterio con respecto a una botella de tequila que fue encontrada en el lugar de los hechos. Se pensaba que la botella aportaría por lo menos huellas dactilares que ligaran a algún sospechoso con el crimen; sin embargo, la botella no aportó otras huellas que las del propio Lázaro...**

# XXXVIII

Quizás sea tiempo de hablar sobre Hortensia.

La trajo doña Petrita, una vecina, vieja amiga de mi mamá. Dijo que era su nieta y me pidió que la salvara.

—Haré lo posible —le dije.

Mientras veía a la muchacha tímida delante de mí, yo me preguntaba: ¿será posible llenar una gran ausencia con un paquetito chaparro y moreno como el que está frente a mí? ¿Será posible que un clavo pequeño tenga el poder de extraer a otro clavo, mucho más grande y poderoso?

# XXXIX

"Para comenzar quiero dejar algo muy en claro: no me interesa que nadie sepa que estuve aquí. No quiero que se convierta en chisme, no quiero verlo publicado en la prensa. También quiero ser muy franco, no soy un fanático religioso como los demás que vienen a verte. Yo tengo mis creencias y son sólidas y me atengo a ellas.

"Soy escritor. No quiero decir mi nombre, basta decir que mi obra es bastante conocida. Lamentablemente, mi último libro fue publicado hace seis años y me es preciso superar esta laguna cuanto antes ya que tengo la oportunidad de publicar otra vez. Una editorial se ha acercado a mí ofreciéndome una cuantiosa suma por mi siguiente libro. Firmé contrato con la mayor seguridad del mundo, creyendo que podía regresar a esos tiempos de verborrea que me hicieron el escritor que fui. Mi problema (que no es tanto un problema como una situación incómoda) es que no me sale del cerebro ni una palabra, ni una sola historia que valga la pena. Me siento frente a la computadora y nada, frente a un cuaderno y nada, frente a la hoja en blanco y nada de nada. Estos últimos años no han sido una vacación sino una verdadera tragedia. Dejé mi empleo como columnista de un periódico y me hundí en la pobreza para buscar ahí mi creatividad. Intenté volverme alcohólico, pero ni eso me funcionó bien. Dejé a mi esposa y a mis hijos, vendí drogas, participé en delitos; leí asiduamente la nota roja de los diarios con el fin de encontrar aquella historia que me ubicara nuevamente en el Panteón de las Letras.

“Estás en lo cierto si piensas que nada de eso conseguí. Colega Jesús: concédeme el milagro de la creatividad, dime algo así como ‘ve y escribe’, estoy seguro de que no necesitaré más que tus palabras para...”

# XL

Se me presentan tentaciones: Hortensia es una de ellas.

Barre el piso, trapea, sacude alrededor mío mientras atiendo a los fieles. Ella es una presencia silenciosa, atenta a mis palabras. Acaba de cumplir 17 años y le regalé un libro (una antigua edición del *Manual de la perfecta mecanógrafa*). Ella se sorprendió por este gesto inesperado de mi parte. Sonrió y se mantuvo cabizbaja, contemplando la portada del libro. Se lo guardó y siguió trabajando.

Ante mis fieles muestro esa expresión mesiánica que ensayo todas las noches frente al espejo: una mezcla de comprensión y bondad, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda y una leve, muy leve sonrisa.

Mientras finjo escuchar lo que me dicen, contemplo un punto inexistente en una de las paredes de mi changarro, la idea es mostrar que visualizo un hipotético infinito, un lugar de donde surge la gnosis, el saber.

Ellos no saben que lo más parecido al infinito son las caderas de Hortensia, su perfecta curvatura envuelta en entallados pantalones de mezclilla.

# XLI

—He pensado en tomar clases de latín.

—¿Para qué?

—Nomás. Es algo que se me ocurrió.

# XLII

Debo ser sincero: me estoy cansando de su silencio.

Tengo palabras para reforzar la fe en quienes la están perdiendo, pero no tengo para eliminar las dudas que me acosan acerca de su existencia. ¿Es usted solo un invento de mi cansada imaginación?

He querido describir su olor, su mirada, la forma en que se cepillaba el cabello, y me doy cuenta de que no recuerdo suficiente para decir cómo era su forma de caminar o de correr; si se pintabas las uñas, si hacíamos el amor por las mañanas y la posición en que más me pedía que lo hiciéramos.

¿Es usted realmente una persona, alguna vez vivimos como pareja?

¿Me hacía desayuno, íbamos al mercado?

¿Me recibía en la tarde de buen humor?

¿Escuchaba con atención mis quejas acerca del trabajo y los patrones?

¿Era paciente conmigo cuando yo llegaba tarde a casa con aliento alcohólico?

¿Discutíamos por tonterías?

¿Debería recordar cuando nos conocimos, nuestro primer intercambio de miradas y palabras?

¿Cómo fue que la conquisté, o fue usted quien con una sonrisa, un movimiento de mano o un guisado exquisito aprisionó mi corazón?

La he convertido en el motivo de mi trabajo; me he dicho: lo hago por alguien, vale la pena solo por ese alguien, algún día regresaré a nuestra casa junto al mar de Galilea...

¿De veras usted está ahí, de veras existe esa casa o es un invento mío, algo que brotó de mi cerebro solo para motivarme, un sillón donde caer si el fracaso o los errores de repente me hostigaban?

# XLIII

Querido Lázaro: Me obsesiona la verdad. ¿Cómo ser justo si la verdad se desconoce?

Eso pensaba en tu funeral. No era mi plan que resucitaras, ni siquiera sabía que podías hacerlo. Se me ocurrió en ese momento. Dije: "Lázaro, tú que estás muerto, seguro sabes cuál es la verdad".

Pero tú no hacías más que estar bien muerto y bien solo en el ataúd.

—¿Con quién habla, rabí? —me preguntó tu hermana Marta.

—Con Lázaro, ¿con quién más?

Y por no verme ridículo, dije en voz alta: "Lázaro, ¿me escuchas?"

Abriste los ojos. Y para todos fue obvio que no estabas de buen humor.

# XLIV

Alguien informó a los otros mesías de lo sucedido, algún espía infiltrado, ¿algún traidor? Les llevaron listas que informaron sobre 12 ciegos que volvían a ver, 8 tullidos que volvían a caminar, 3 casos de cáncer que desaparecía, 7 enfermos de sida que se aliviaban, 4 divorciados que se volvían a casar...

Y un evento muy especial al final de la lista: UN RESUCITADO.

Imagino la cara de los otros mesías.

Al día siguiente mi fila era la más larga; mi aburrimiento, el más grande.

Me abrumaba saberme el único y verdadero mesías. Era algo así como ganarse la lotería: la felicidad de saber que se acerca el fin de unos problemas; pero la certeza de que otros, inimaginables, estaban por venir. Ser el verdadero mesías era como eso, como recibir una cuantiosa herencia: no tardarían en arribar los parientes que nunca visitaban, los compañeros desconocidos que aseguraban haber estado en la escuela contigo.

¿Debía estar feliz al confirmar lo que se supone que ya sabía? ¿De qué manera podré lidiar con las nuevas responsabilidades si ni siquiera me gustaban las que ya tenía?

Muchachos y apóstoles estaban de acuerdo: tenía que hacer una declaración pública, un pronunciamiento de mi parte para que el mundo conociera mi postura, el nuevo orden que regiría a los hombres y a las mujeres, a los niños y a las niñas.

La cabeza me dolía y no había manos que aliviaran el dolor.

# XLV

Decidí cerrar temprano el changarro. Afuera todavía había una fila de fieles seguidores que no parecía tener fin. Ellos no tenían la culpa de mi pesadez, de mi desconsuelo. Giré instrucciones al respecto: les dije a los muchachos que repartieran números para que no perdieran su lugar mañana que regresaran.

No faltaron los fieles que se quejaron por la abrupta clausura de actividades, decían que éramos peores que la burocracia romana. Hubo protestas entre los devotos, amenazas, exigían verme.

Los muchachos controlaron la situación como mejor sabían hacerlo, empujaron y golpearon. Lamentablemente se excedieron. Yo estaba demasiado cansado para preocuparme por ello.

# XLVI

Los fariseos pidieron que repitiera el milagro de Lázaro. Gente del barrio que desconfiaba de mí. Desde un principio habían visto mi salida del encierro con malos ojos, consideraban que mucho se había superado y que yo formaba parte de un tiempo al que no se debía de retornar.

¿Para qué necesitamos un mesías en el barrio?, se decían. ¿Qué no tenemos suficientes en la ciudad de dónde escoger?

Para los fariseos, la noticia de que yo podría ser el ungido, por encima de los más populares, solo era un mal augurio. Por eso exigían una prueba contundente, otro milagrote como el de Lázaro.

—En la funeraria está el tío de Isaac. Queremos creer en ti, ¿por qué no lo levantas?

Me molestaba el mal gusto de su petición. ¿Por qué tendría yo que volver a sacar la espada de la piedra? Ni que fuera un mago para repetir la función de las tres de la tarde.

—Ahí está Lázaro —les decía— ¿Qué más pruebas necesitan?

Los fariseos murmuraban entre ellos. No les gustaba mi respuesta.

# XLVII

Llegaron reporteros, persiguiendo la noticia. Pedían entrevistas, exigían ser los primeros en hablar conmigo. Hubo declaraciones de los apóstoles, improvisadas e innecesarias.

La atención y los micrófonos me encandilaban.

¿Qué se siente ser El Verdadero Mesías?

¿Qué hay de verdad en los rumores de que fue un arreglo con los romanos?

¿Igualdad entre los hombres, no le parece un discurso obsoleto?

Fotografías, fotografías.

Mi dolor de cabeza escalaba montañas.

# XLVIII

Los apóstoles se reúnen alrededor mío. Les preocupa mi indecisión, quieren que tome cartas en el asunto. Les interesa, principalmente, su función dentro del nuevo sistema mesiánico.

—Hemos sido sus incondicionales durante mucho tiempo, rabí —dice uno de ellos, se me olvida su nombre—. Todavía no vemos claridad.

Antes de que sucediera lo de Lázaro no se detenían. Los veía trabajar con vehemencia, con un genuino deseo de servir a sus semejantes. Ahora se preocupan por mantener su trabajo, por el futuro inmediato.

—¿Qué será de nosotros si algo le sucede?

Me molesta esa actitud, me parece pueril. ¿A qué se refieren con "si algo le sucede"? ¿Contemplan con seriedad la posibilidad de un atentado, un asesino que logre burlar a mis muchachos y se acerque con una pistola en la mano?

Un asesino. El Hermano, quizás.

Una pistola.

Pum: balazo en la cabeza.

# XLIX

A la hora de la comida, los muchachos me traen sandwiches de atún y cerveza. Recostado sobre el diván, me pregunto si esto de ser El Verdadero Mesías es lo que debería hacer, si no debí perseguir otro tipo de profesión. Continuar en la carpintería, por ejemplo.

Los muchachos me dejan solo mientras Hortensia continúa con su limpieza. Esta vez decido hablar con ella:

—Deberías descansar.

Ella entiende. Sin levantar la mirada se acerca al diván y se acuesta en el poco espacio que está disponible. De perfil, sosteniéndose de mi brazo para no caer, se acerca a mi oído y por primera vez saboreo el olor de su perfume.

—Rabí —me dice—, si gusta puede tocarme.

# L

Condenado a repetir los mismos errores de mi padre.

# LI

Nunca me he considerado una mala persona. Soy un tipo convencional, con buenas y malas intenciones. Bondadoso nunca he sido. Sinvergüenza solo en ciertas ocasiones. Propenso al chisme. Morboso, por qué no, como cualquiera.

He hecho promesas que después no he cumplido. Un hombre convencional.

He pensado en tener hijos, he creído que puedo mirarlos crecer, darles buenos consejos, pasar por ellos a la escuela, llevarlos al parque. Un hombre sentimental.

He despilfarrado dinero. He apostado en carreras de caballos y gastado la quincena en casinos sin aportar nada a la casa. Un hombre sin vergüenza.

He sido infiel. He repetido las mismas frases amorosas, saltando de una cama a otra. He besado a mujeres y soñado con besos de unas cuando estoy con otras. Un hombre común.

He fumado marihuana. He aspirado cocaína. Me he clavado en la vena placeres insondables. He jugado billar en mesas maltrechas. Un hombre sin futuro.

He sido común y corriente pero nunca una mala persona. Un hombre normal.

# LII

Querido Lázaro, ¿hablaste con el Pequeño? Quiero saber la verdad.

Ni caso esperar una respuesta: tienes la mirada perdida del recién resucitado, la expresión de un hombre que acaba de advertir que se topó con una bella mujer en el andén del ferrocarril, pero que su prisa no le permitió conocerla.

Ahora Lázaro regresa diariamente al andén, tratando de encontrar a esa mujer. Mira pasar las multitudes que van y vienen, con detenimiento. Busca ese rostro perfecto.

Yo quisiera penetrar sus pensamientos, ayudarle en su pesquisa. Quizás así sabría la verdad. Quizás así.

# LIII

En aquel entonces, recuerdo, el Pequeño se quejaba de su hermano mayor. Había problemas entre ellos (lo llamaba El Hermano para distanciarse de él: "ya no le hablo al Hermano", "el Hermano solo quiere pelear conmigo", "el Hermano se queja de que soy el consentido de mis padres", "el Hermano me cobra intereses por una deuda que desconozco"). Por eso el Pequeño huía de su hogar, por eso buscaba consuelo en las risas y parrandas de otro barrio. Se sentía traicionado en su casa, y decidió traicionar a los suyos volviéndonos su refugio.

Se excedía en elogios, hacía lo imposible por agradar. Invitaba la comida o llegaba con botellas de tequila y brandy. Nos molestaba su insistencia.

Al calor de las cervezas nos confesó que éramos lo único que tenía en el mundo, que si no fuera por nosotros se sentiría abandonado.

Lo miramos con seriedad.

—Puedes estar aquí —le dije—, pero ya deja de chillar.

# LIV

Después de lavar mis pies y observarlos largamente, Hortensia llega a la conclusión de que parecen de hobbit, pequeños, carnosos y velludos. Su ocurrencia le causa risa, incluso carcajadas. Le gusta tocar mis pies pero le tengo estrictamente prohibido restregarme las plantas porque me produce un desesperante cosquilleo. De hecho, procuro no sonreír delante de ella y he tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerme.

Le he hecho saber que la seriedad es una distinción de las personas mayores. Ella se ríe como si le hubiera dicho una tontería y busca contrarrestar mi severidad con una actitud infantil. Juguetea conmigo, queriendo sentarse en mis piernas. Me despeina y me vuelve a peinar, me despeina y se ríe mostrándome una hilera de grandes dientes. Es como un cachorro que no sabe más que divertirse y hacer travesuras alrededor del viejo perro de la casa. Toma un vaso de agua y me salpica de gotas, brinca sobre el diván y hace caras que pretenden ser chistosas.

No me voy a reír, no me voy a reír, no me voy a reír.

—Eres un cara de piedra —me dice—. Por eso te quiero.

# LV

Los muchachos rompen su silencio para decirme: “Estamos de acuerdo con usted en ese asunto de la crucifixión”.

# LVI

Un hipotético diálogo con el Hermano: fragmento de una conversación ya comenzada, no tiene principio ni fin, como en mis sueños.

Jesús: Quisiera que hallaras en tu corazón la manera de perdonarme.

El Hermano ríe a carcajadas de forma dramática y exagerada, o mejor, esboza una fingida sonrisa, una mueca que yo debería interpretar como una manifestación de la palabra 'ingenuo".

Jesús: Entiendo que perdonar es difícil.

El Hermano (*inflexible*): Más bien diría que es imposible.

Jesús: ¿Has pensado si será suficiente saberme muerto?

El Hermano: No entiendo tu pregunta.

Jesús: Pon tú que ya me mataste, ¿te sentirás bien inmediatamente?

El Hermano: Pues... depende de la forma de tu muerte.

Jesús: Bien, pues imagínate que tenga la peor muerte posible...

El Hermano (*siniestro*): Estaba pensando en la mejor.

Jesús: Okey, okey. Imagina la mejor muerte para mí. Yo muerto, en el suelo o donde sea, ¿te sentirás inmediatamente feliz?

El Hermano: Sí.

Jesús: ¿De veras podrías revertir el odio y convertirlo en felicidad?

El Hermano: Del odio al amor hay un solo paso, quizás te ame cuando te vea muerto.

Jesús: ¿Pero serás feliz?

El Hermano: Claro.

Jesús: ¿Realmente feliz?

El Hermano (*irónico*): Sí, pienso festejar: contrataré una banda y llenaré mi casa de globos de colores.

Jesús: No fue premeditado, ¿sabes?

El Hermano: No importa.

Jesús: No fue un acto alevoso.

El Hermano: El resultado es el mismo, Jesús: al final del día mi hermanito estaba en la calle, su cabeza destrozada por la caída. ¿Alguna vez has perdido así a un hermano?

Jesús: Ni siquiera tengo hermanos.

El Hermano: ¿Tus papás, algún primo, tío, pariente?

Jesús: No.

El Hermano: Entonces no pidas que te entienda si tú no puedes ponerte en mi lugar.

# LVII

Los apóstoles quieren saber si voy a “regresar” después de tres días. Lo que no me gusta de ese argumento es que para “regresar” es necesario “partir”. Me opongo a la idea de morir y me cagan los eufemismos. ¿Cuál es la necesidad? Les digo categóricamente que no voy a “regresar” porque no pienso “irme” pronto. Moriré en su momento, igual que cualquiera, y entonces quizás “vuelva”, todo depende de las circunstancias. Por lo pronto hay mesías para rato.

# LVIII

—¿Cómo es la muerte, Lázaro?

—...

—¿Es oscura como el encierro?

—Todo lo contrario, es festiva y sobrepoblada. Algunos dicen que hay otro tipo de muerte, pero lo dudo mucho. Ahí estaban todos mis conocidos. Mis papás, mi primo Sergio, el Pequeño... Hebert y Ludmila también estaban ahí.

—¿Qué te dijo el Pequeño?

—¿Nunca te hablé de Ludy? Una mujer bellísima. Me iba a casar con ella.

—Nunca me dijiste, ¿cómo, cuándo?

—Ah, no creas que no me casé con ella porque se murió. No, ella fue la que no se casó conmigo porque conoció a un pendejo que le habló de amor con mejores palabras que las mías. *Verbum* mata carita, ya ves. ¿Y a que no sabes qué? En la muerte me encontré con la mentada Ludmila, y estaba más chula y más buena que nunca. ¿Y a que no sabes qué? Pos arrepentida de haberse casado con el pendejo. Entonces le dije que no iba a rogarle. Era sencillo: aquí estoy muerto y mi mujer se quedó allá, viva, ¿se hace contigo o qué? "Uy, nada romántico", me dijo. No estaba de humor para perder el tiempo con ella. Si no se hacía, me buscaba a otra muertita, total: se notaba que en ese antro había más mujeres que hombres. Ludy bajó la mirada. "Está bien", me dijo. "Se hace". Uta, me puse feliz. Hasta que al fin se me va a hacer con ella. Y ni pensé en mi mujer, que igual me la imaginaba cogiendo con otro chango.

Entonces fue que me la llevé a un hotelito y la acosté en la cama y me le eché encima y ya estaba bien metido en el cachondeo cuando abro los ojos. "Lázaro, ¿me escuchas?" Abrí los ojos y eras tú, mirándome. Quería estar con Ludmila, pero ya no pude. Fue un mal momento.

—Lo siento.

—...

—De veras lo siento.

—No importa, Chuy. Supongo que hay cosas más importantes.

# LIX

El apóstol Mateo me ayuda con mi declaración de impuestos. Es un meticuloso contador público que hace hasta lo imposible por lograr una buena deducción. Según él, todo es deducible, incluso la vida misma.

Tiene un portafolio de donde saca libros y libretas cuadriculadas con hojas de color verde. Hace preguntas indiscretas que trato de responder con la mayor sinceridad posible.

Apóstol: ¿Cuántos hijos tiene, rabí?

Jesús: Cero.

Apóstol: ¿Seguro?

Yo sé que es difícil que un hombre pueda asegurar tal cosa. Podría tener la casa llena de niños sin poder asegurar que todos, o alguno de ellos, son vástagos míos.

Jesús: Cero.

Pausa.

Apóstol: Tengo un mensaje importante. El Hermano quiere reunirse con usted (*inseguro*), hacer las paces.

Jesús: ¿Lo viste?

Apóstol: Sí.

Jesús: ¿Y cómo es él?

Apóstol: Es un hombre de su edad más o menos, de su estatura más o menos. El color de su cabello es como el suyo. Se parece mucho a usted, rabí. Eso me sorprendió. Mi asombro fue mayor porque yo esperaba a un hombre más tosco, un hombre con intenciones homicidas, creí que eso se notaba en la mirada pero nada encontré en sus ojos cafés, como los suyos. Al contrario, me pareció sereno, incluso amable. Se sentó frente a mi escritorio, tan cerca como estamos ahora usted y yo. Tenía un mensaje que decirme: "Estoy cansado de esta cruz que me ha tocado cargar, la cruz de la venganza. Dile a tu maestro que ya no la quiero, que renuncio a ella. Dejé que se alejaran de mí los murciélagos del odio; se salieron todos de esta cueva que es mi cuerpo, y ahora tengo paz en el alma y nada más que reclamarle. Dile eso por favor".

Jesús (*incrédulo*): ¿Eso te dijo?

Apóstol: Por supuesto, desconfié de sus palabras. Pero su rostro reflejaba una serenidad que no he visto en muchas personas. Le pregunté, ¿y por qué no se lo dice usted mismo?

(*Mateo sonríe, satisfecho*.)

Jesús: ¿Qué respondió?

Apóstol: Dijo: "No sé cómo hacerlo, seguro entiendes que es un poco incómodo. Es como encontrarte con un compañero de la escuela que no has visto en muchos años y ese reencuentro te recuerda que cuando eras adolescente tenías la cara llena de barros". Yo pienso que deberían verse frente a frente, le dije. Es la única manera de sanar las heridas.

Jesús: Hiciste bien, Mateo. ¿Aceptó la propuesta?

Apóstol: Hasta me propuso un lugar, e insistió que fuera un sitio público para evitar desconfianzas.

Jesús: No desconfiaría de un hombre que habla con tanta claridad.

Apóstol: El martes próximo, rabí, en eso quedamos. En un restaurante que se llama Hacienda de Chinameca.

# LX

"Su popularidad me inspira, rabí, por eso estoy aquí. Tengo cierta experiencia en la promoción de productos nuevos y creo que a usted le hace falta experiencia para lograr un dominio completo del mercado. Debemos aprovechar este momento para ubicarnos bien en su nicho, por más que este sea único. Usted quizás opine que no lo necesita, y yo pensaría lo mismo si fuera el Hijo de Dios, pero la promoción no le sobra a nadie.

"El otro día me preguntaba ¿cuáles son las características propias del producto que ofrece el Maestro? Como usted lo llame, La Verdad, La Luz, La Paz Eterna, el nombre que usted le ponga, hay maneras de conquistar el mercado y hacerlo con efectividad. Sabemos que los consumidores están ansiosos por obtener su producto. Lo que hace falta es una seria estrategia para asegurar que llegue a las manos de todos y cada uno de los consumidores; esto es, sabiendo que ellos solo adquieren aquellos productos que están en sintonía con su visión del mundo. Es importante entonces inundar de publicidad el mercado, llevar el evangelio, por así llamarlo, casa por casa, puerta por puerta hasta los últimos confines de la Tierra.

"Para los consumidores no debe existir otra posibilidad más que la suya, si piensan en esperanza o si carecen de ella solo deben pensar en Usted, de aquí en adelante y por *sécula seculórum*. Además de un intenso mercadeo y una magnífica campaña publicitaria, si usted acepta esta propuesta, agregaría algunas ideas originales que ninguna otra agencia podría pro-

porcionarle. Y comparto con usted solo una, mire: se me ocurrió contratar a cuatro escritores (o *copy writers,* como suelen llamarse en el medio profesional donde me desempeño), cada uno de ellos dedicados a escribir su biografía. ¿Por qué cuatro?, seguro se pregunta. Pues para que cada uno de ellos se dirija a segmentos específicos de la población, con su propio lenguaje y respondiendo a las necesidades específicas de los consumidores en ese segmento. El primero, por ejemplo, deberá escribir su historia de una manera elemental, sin mucho énfasis en milagros, para llegar a las mentes más sencillas y humildes (que, como se sabe, tienen necesidades más pragmáticas). Las otras dos versiones se basarían en esta primera historia, pero agregando detalles que convenzan tanto a consumidores locales de una mediana educación como a los más instruidos que se encuentran allende las fronteras (la idea es crear una imagen global de su producto). Por último, el cuarto *copy* echaría toda la carne al asador, adosando su vida con esa espectacularidad y poesía que es tan bien aceptada por los intelectuales y demás gente de bien. Le confieso que ya he compartido este plan con la directora de una importante editorial hispana y me asegura que la idea es genial, que tendría *punch*, que sería todo un *best-seller*. Con ello mi plan no solo es trascender a los..."

# LXI

Ha cambiado la actitud de Hortensia. Ya no es una chica tímida, ahora expresa sus opiniones, me tutea y me llama por mi nombre de pila.

—Quería platicar contigo sobre lo que le dijiste a esa señora.

—¿Cuál señora?

—La golpeada.

—¿La que fue golpeada por su marido?

—Le hablaste sobre la santidad del matrimonio, la convenciste de que continuara en su casa aunque era claro que deseaba escapar de las garras de ese cabrón.

—Sí, me pareció lo más acertado...

—No estoy de acuerdo. Ya sé que todo lo que dices te llega por inspiración divina pero esa mujer necesitaba ayuda y no se la diste. No hay excusa. Venir aquí seguro fue para ella un acto desesperado, el último que le restaba. La mandaste de vuelta a la cueva de los leones.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—Le habría dicho que hay un mundo afuera de su casa, que saliera a conocer ese mundo. Habría insistido en que hay muchos hombres, que no todos son golpeadores ni borrachos, que sus hijos no necesitaban un padre así, que saliera de su casa inmediatamente por el bien de ellos.

Había brillo y desafío en los ojos de Hortensia. Su mirada era un incendio incontenible que se expandía a través de la noche. Bomberos desesperados intentaban detener el avance de las

llamaradas. El incendio se dirigía hacia mí, no había manera de impedirlo.

# LXII

¿Cuál es la verdad, Lázaro? No puedo seguir el sendero de la luz si no sé cuál es la verdad. Tú debes saberlo.

La verdad única.

Justa.

Inviolable.

Impoluta.

Insobornable.

La verdad que nos hará libres.

Si lo sabe, Lázaro se lo guarda. Acerca los dedos a sus labios y hace la señal de quien pone llave a la cerradura. Su ojos parecen decirme: la verdad es un secreto que navega sobre un mar embravecido. No puedes caminar sobre esas aguas. Ni lo intentes.

# LXIII

No me gustan las interrupciones, ya lo he dicho, y mucho menos en la mañana cuando estoy desayunando. Mis órdenes son claras pero los apóstoles no dejan de ser impertinentes. Tengo un límite, ¿qué no lo saben?

Se aproxima uno de ellos, lo recibo con disgusto.

Apóstol (*inseguro*): Rabí, usted disculpe.

Jesús: …

Apóstol: Algo importante. Nos hemos reunidos los doce, hemos alcanzado un acuerdo, usted debe saberlo.

Jesús: ¿Cómo te llamas?

Apóstol: Judas.

Jesús: …

Apóstol: Fue ayer en la noche, con el interés de discutir la presente situación.

Jesús: ¿Que no hay dos Judas?

Apóstol: Sí, señor, yo soy Iscariote; el otro es Tadeo.

Jesús: Tadeo, claro. ¿Y cómo está el otro Judas?

Apóstol: Muy bien, señor, justamente ayer…

Jesús: También hay dos Simones, lo tengo que corregir. Si es confuso para mí, imagínate para nuestros fieles seguidores.

Apóstol: Sí, señor. De eso quería hablarle.

Jesús: ¿Sabes que estoy desayunando?

Apóstol: Sí, señor, pero creímos importante…

Jesús: Nada es más importante que el desayuno.

Apóstol (*perplejo*): ¿Rabí?

Jesús: No me gusta que me interrumpan, lo he dicho en sermón tras sermón. Hay muchos tipos de fe, la más importante es la fe sin interrupciones. Es importante respetar a vuestro líder. Todo en la vida es cuestión de liderazgo.

Apóstol: Justamente hablábamos de eso ayer en la noche.

Jesús: ¿Sabías que el desayuno es el alimento más importante del día? Lo leí en una revista.

Apóstol: ¿El desayuno?

Jesús: Alimento del cuerpo y del alma.

Apóstol: Hablamos con los romanos.

Jesús: Los romanos ya lo saben. ¿Sabes cómo se dice "desayuno" en latín?

Apóstol: Los doce hemos hecho un arreglo en nombre suyo, rabí. Lo consideramos necesario, ya ve lo que dice la prensa. Coincidimos en que es importante mantener la *pax romana*, usted debe decirlo públicamente.

Jesús (*fingiendo estar ofendido*): ¿Debo?

Apóstol: Es por el bien de la causa.

Jesús: ¿Te digo una cosa, Tadeo?

Apóstol (*nervioso*): Iscariote, rabí.

Jesús: Nunca lo he dicho en público, Tadeo; pero a veces pienso que estoy soñando.

Apóstol: ¿…?

Jesús: Sueño que soy Jesucristo, que te sueño a ti y a los otros apóstoles.

Apóstol: Pero yo estoy aquí, rabí. No soy un sueño.

Jesús: Yo también estoy aquí, lo sé. Imagínate, si es confuso para mí, ¿cómo será para nuestros fieles seguidores?

# LXIV

Es un día memorable. Escojo mi mejor ropa y ensayo frente al espejo las palabras que le diré al Hermano.

"Bienaventurados los que perdonan... porque de ellos..."

Una veintena de muchachos interrumpe mi ensayo. Ta ta ta, los muchachos.

—No creemos que sea buena idea lo del Chinameca.

—¿Que qué?

—Usted no debe ir.

—¿Cómo?

—No es de buen augurio que el restaurante se llame así, nos da mala espina.

No sé a lo que se refieren y tampoco quieren explicarme, simplemente no me dejan ir. Siempre han sido leales, nunca han dudado de una decisión mía. Es la primera vez que se oponen, me prohíben el paso. A continuación, Ezequiel me muestra una foto.

En ella se ve claramente al Procurador de Judea hablando conmigo. La imagen me deja perplejo. ¿Soy yo en realidad? Un análisis más cuidadoso me hace ver que es otra persona, alguien que se parece mucho a mí.

—Es el Hermano —me dice Ezequiel.

Trato de evitar enojarme (respiro profundo, cuento hasta diez). Estoy rodeado de ineptitud, ineptitud disfrazada de buenas intenciones. Mi silencio no parece comunicarles nada, y eso es bueno porque mi intención no es comunicar sino mostrar mi

enfado. ¿Quién les pide que tomen fotos? Ezequiel prosigue:

—Es una imagen de ayer. ¿No le parece curioso que el Hermano se haya reunido con el procurador justo un día antes de verlo a usted?

Mi silencio continúa, se expande.

—Esto comprueba lo que sospechábamos: el Hermano está coludido con los romanos.

Mi silencio y paciencia se agotan.

—No comprueba nada —les digo.

—Nuestra misión es velar por usted, rabí.

Son jóvenes, ¿conocen el significado de la palabra misión? Bien saben que podría levantar la mano y, encandilados, me abrirían el paso sin cuestionar. Pero la foto es sospechosa, tienen razón. Mi día memorable se disuelve hasta convertirse en un charco de ansiedad.

—Déjenme solo —les pido, mis pies hundidos en el charco.

Por la tarde recibo un mensaje del Hermano: "Te esperé, no llegaste; confié en ti, no confiaste en mí. Mesías de poca fe: los murciélagos han retornado a la cueva oscura. Amén".

# LXV

El Pequeño sentado en el borde del muro. Venía de otro barrio, lo tolerábamos, le gustaba más nuestro rollo. Allá lo criticaban, eso nos decía. Allá le advertían que no estaba bien que se reuniera con nosotros. Era un tiempo de desconfianza y desorden. Los barrios eran entidades con sus propias leyes y códigos de comportamiento. El Pequeño nos ponía a prueba. Como quien cambia sus pantalones de un ropero a otro, sus lealtades ya no estaban en su casa. Su relación con el Hermano empeoraba.

—Va a llegar el día en que vas a tener que escoger —sentenciaba.

El Pequeño esperaba que ese día nunca llegara. Deseaba los dos mundos, se sentía cómodo en la dualidad, ¿por qué habría de decidirse? Dormía en su casa, discutía con su familia. Después del trabajo se reunía con nosotros.

A veces nos hablaba de su barrio, situaciones que no deberíamos conocer. Pensamos que él también podía regresar con noticias nuestras, imposible confiar en él. Para suavizar se reía de la paranoia que surgía. Él sí confiaba en nosotros, éramos mejores que su hermano. Eso creía, eso nos decía.

# LXVI

Hortensia esperó el mejor momento para hablar conmigo. Los dos estábamos en el diván, descansando. Ahora ocupábamos espacios iguales, cabíamos perfectamente.

"No debes solo pensar en ti. Yo no puedo ser para siempre la muchacha que limpia tu despacho. Es hora de que reconozcas lo mucho que te he apoyado. Nadie sabe lo que planeas hacer; pero sea lo que fuera, yo debería estar contigo, figurar. Acéptalo: soy tu copiloto. A veces creo que te avergüenza que nos vean juntos. Me gustaría que un día fuéramos a bailar. ¿Cómo me presentarías a tus seguidores? Pasas demasiado tiempo encerrado, Jesús. Te has vuelto aburrido. Te noto nervioso, inseguro. Ya no eres el mismo. Necesitas salir a la calle, departir con los fieles, mostrar que no le tienes miedo al destino. Yo salgo todos los días para conocer a la gente, *vox populi* en la carnicería, tortillería, en los Oxxos y los mercados. Entiendo lo que buscan. Necesitan un líder. Un líder fuerte con una persona fiel a su lado. Tú eres ese líder, yo soy esa persona".

# LXVII

Quería tener a Lázaro cerca, pero se ha alejado. Mandé que construyeran una casa para él cerca de la mía. Me dio las gracias, pero buscó razones para posponer la mudanza.

—Quiero hablar contigo —le dije—. Tengo problemas.

—Sí, claro —contestó—, solo que hoy no puedo, mañana tampoco.

Sigue decepcionado, sigue pensando que no soy el mismo Jesús, su amigo de antaño. Es cierto, he cambiado. No es fácil ser Jesucristo y mantener la humildad. A veces quisiera que sí, quisiera decir que soy el mismo Chuy que era dueño del barrio, el que rondaba calles y bebía y se drogaba y no se interesaba por nada ni nadie más que por sus amigos.

Pides demasiado, Lázaro. ¿Si te ganaras la lotería, millones y millones de dólares, seguirías siendo el mismo? ¿No afectaría tu forma de pensar? ¿No querrías tener una mejor casa y un mejor carro? ¿No desearías salir a fiestas con modelos flacas y hermosas? ¿No te gustaría ser visto en portadas de revistas?

Pides demasiado. No deseo mejor casa ni carro del año, no me interesan las fiestas ni las modelos ni ser visto en las revistas como el hombre del momento. Solo soy yo, yo, yo, el mismo pero a la vez otro. Mejorcito y peorcito a la vez.

# LXVIII

Te extraño, Lázaro. Extraño esas horas en que platicábamos. Ahora no tengo a nadie con quien hablar. Nadie que me dé un consejo. Necesito un aliado. Seguidores hay muchos, no me refiero a eso. Solicito un amigo que no me complique la vida, que no venga a pedirme trabajo o buscar que resuelva sus problemas; una persona que se tome una cerveza conmigo, que escuche música conmigo, que juegue billar conmigo. ¿Es demasiado pedir? No quiero un amigo que comprenda mis problemas, pero sí que me oiga y me diga "te entiendo" aunque no entienda ni madres. Y si me dan ganas de llorar, que me abrace. Y si me dan ganas de hablar de Hortensia, que no me condene, que me dé un codazo en las costillas y me diga "suerte, matador".

—Hortensia, no la quise, sí la quise. Me emociona, me encanta, me deleita...

—Suerte...

—La suavidad de Hortensia, sus curvaturas, sus valles y colinas... el desierto donde fácilmente me perdería por años.

—...matador.

¿Es demasiado pedir?

# LXIX

El Pequeño sentado en el borde del muro, riéndose. Hablábamos de futbol. América, Chivas, rivalidades en el deporte como las que existen entre los barrios. Comentarios entre risas cerveceras. Estábamos los de siempre: Zacarías, Abraham, Piolín, Jeremías y el Pequeño en el techo de la licorería de don Moisés. Nada diferente ese día.

Le convenía a don Moisés prestarnos el techo del edificio para evitar que estuviéramos en la esquina, espantando clientes. Y nos gustaba. Desde ahí se alcanzaba a ver el centro de la ciudad, a lo lejos.

El Pequeño se había adaptado a nosotros, se mantenía callado y serio. Había entendido que la mejor manera de acompañarnos era en silencio.

No había razón para castigarlo.

Fue simplemente una llama que se encendió.

Una llama dentro de mí, en mi cabeza, en el interior de mi cuerpo. Un incendio progresivo. Una chispa y un fuerte viento que se confabulaban contra un inocente campo de hierba seca.

Estábamos sentados en el borde del muro. Botes de cerveza alrededor. ¿Borracho? No. Un momento defendía a las Chivas y otro momento me ponía de pie. Estaba enfurecido. Todos vieron, nadie habló. Quizás sabían que era un exagerado, un temperamental, que pronto se me pasaría.

No recuerdo lo que dijo el Pequeño.

Algo dijo, eso sí.

De pronto, frente a él defendiendo a un equipo que ni siquiera me importaba.

Lumbre consumía la hierba seca.

El Pequeño intentó sonreír, ofreció un cigarro: cajetilla temblorosa.

Mis manos sobre él, ni siquiera sujetándolo, simplemente empujando.

Un solo empujón, ni tiempo de sostenerse.

El Pequeño de espaldas, hacia atrás, hacia la nada.

Abajo, abajo, abajo. Tres pisos abajo.

# LXX

Me parece tan normal que ni siquiera puedo llamarlo sueño o pesadilla: abajo, abajo, abajo... Sin sorpresa me digo: "ah, claro, es la perpetua caída. Arriba de mí debe estar el muro de donde me caí (¿o me tumbaron?). Abajo, en un lugar remoto, debe estar el suelo donde tarde o temprano me estrellaré. Mientras tanto solo es aire y velocidad".

Doy un giro para tratar de divisar el fondo. Veo por primera vez que existe una luz al final, una luz que observo crecer.

A mi alrededor otros están cayendo. Reconozco algunas caras, intercambiamos saludos. Otros permanecen en silencio, hundidos en sus pensamientos. Cualquiera que sea la razón de este reiterado sueño, no logro captarla. No aprendo nada de esta caída. Despierto y ni siquiera recuerdo lo que soñé, ni siquiera me queda el sabor, solo la sensación del viaje vertical, ya ni siquiera vértigo. Todo lo que se repite termina convirtiéndose en costumbre, y todo lo que se vuelve costumbre se deja de mirar.

La luz está cada vez más grande y me pregunto si al final estarán ahí el Hermano y el Pequeño, esperándome. ¿Realmente existe una razón para que yo crea eso? ¿Aprenderé una lección si me observan estrellarme en el pavimento o si logran amortiguar mi caída en un acto inesperado de perdón?

He decidido dejar este sueño. Renuncio a él. Tengo el poder de hacerlo.

Invoco el milagro de librarme de esta pseudo pesadilla y cambiarla por algo más placentero. La próxima vez deberá ser

una caminata por la playa, eso me gusta. Tranquilidad, ven a mí. Yo, el Redentor de los Hombres, ordeno que llegue la paz a mi conciencia.

# LXXI

Me sorprendo nuevamente pensando en usted.

# LXXII

Ezequiel me presenta otro informe:

**10:34, 7 de julio. La señorita Hortensia toma un camión y sale del barrio.**
**11:02, ella desciende del camión y se dirige al supermercado.**
**11:15, sección de frutas y verduras. Ella manosea papayas pero no se decide. (Una inspección posterior de quien esto redacta reveló que las frutas estaban muy maduras.)**
**11:27, repasa la variedad de productos lácteos. Después de considerar varios sabores de yogurt, escoge uno sin sabor (o "natural", como es conocido). Está ahí cuando se aproxima a ella un joven ciudadano romano.**
**11:29, él está indeciso sobre si comprar margarina o mantequilla. La señorita comienza a alejarse de los lácteos cuando el romano la intercepta para pedir su opinión.**
**11:30, ella le explica con amabilidad las diferencias: mantequilla es la grasa de la leche, margarina está elaborada con aceite vegetal.**

11:33, la conversación que debería terminar en ese momento, tomando en cuenta que el hombre es un extraño, se expande hacia otros tópicos. Con gran habilidad verbal (que en un principio le pareció deshonesta a quien esto redacta), el romano enlaza el tema de la mantequilla con el clima, el calentamiento global, los actuales momentos políticos, el apocalipsis y el color de uñas que usa la señorita H (marrón chocolate).

11:38, ella aparenta estar satisfecha con el inesperado encuentro; el romano actúa con caballerosidad.

11:42, salen juntos del supermercado.

**F I C H A**

**Nombre:** HEBERTUS JULIANUS SALTILLAE.
**Edad:** 24 años.
**Estado civil:** SOLTERO.
**Profesión:** POETA, actualmente sin trabajo. Ha tenido diversos empleos en la función pública, destacándose como burócrata en el área cultural. Su poesía lo ha metido en problemas, habiendo pasado una noche en una mazmorra por hablar mal del emperador. (Se aclara que no fue tanto por hablar mal del César sino por tratarlo como un igual y tutearlo, lo cual causó la baja inmediata de su último empleo y una golpiza en la cárcel).
**Escolaridad:** PREPARATORIA INTERRUMPIDA.
**Antecedentes penales:** EL MENCIONADO.
**Comentarios de quien esto redacta:**
ES UN CHICO HONESTO Y SOLITARIO.

**12:15, caminan al parque ubicado entre Calle Tercera y Cuarta. Ahí Julianus intenta comprar dos raspados, pero solo tiene denarios para comprar uno solo, el cual entrega caballerosamente a la Señorita H. Sabor: tamarindo.**

**12:26, conversan sentados en una banca, continúan las mismas actitudes, risueña y caballeroso. No conversan sobre temas profundos, mucho menos comprometedores. Ella evita hablar de su actual empleo, diciendo solo que trabaja para un señor importante. Se hace un silencio entre ambos. Es duradero. Ella mira su reloj. De pronto Julianus le toma la mano. Permanecen así hasta las**

**13:02, cuando dejan la banca. Ahora su actitud es distinta, ambos en silencio. Caminan uno junto al otro, pasos cortos y lentos (se registra una concordancia entre sus pasos como la de quienes no saben bailar pero lo hacen muy bien la primera vez que lo intentan).**

**13:17, ambos se detienen frente al aparador de una joyería y contemplan lo mismo (anillos, pulseras y relojes). Tristeza en sus rostros. El poeta intenta nuevamente tomarle la mano, pero esta vez ella se lo impide.**

**13:35, se besan inesperadamente (el acto incluso sorprendió a quien esto redacta). El hecho se realizó mientras esperaban el camión que la llevaría de regreso al**

**barrio, en la esquina de calle Cuarta y Niños Héroes. Fue más o menos así:**

1) **Continuaban en silencio.**
2) **Ella mirando el fondo de la calle, con dirección hacia el norte.**
3) **Él, con timidez mirando sus sandalias.**
4) **Ella divisa un camión y levanta el brazo para solicitar la parada del trasporte.**
5) **Él, de pronto desesperado, gira la cara hacia ella.**
6) **Ella, de pronto entendiendo que se acerca el fin de la historia, se vuelve a mirarlo.**
7) **No hay tiempo para pensar o decidir.**
8) **Solo para besarse.**
9) **Besarse.**

**13:37, finaliza el beso.**

**13:38, ella aborda el camión.**

**13:40, dos largos minutos de mirarse por la ventana del camión. Julianus permanece en la esquina durante varios minutos después que el transporte se aleja de ahí. Finalmente camina con dirección oriente a la 14:03. A diferencia de su habitual buen humor, la señorita Hortensia no esboza su característica sonrisa. Se muestra seria y pensativa cuando llega al barrio a las 14:12. Hasta donde pudo observar quien esto redacta, no hubo intercambio de información entre ellos. La señorita H nunca supo el**

**nombre del poeta ni ha intentado volver a contactarlo.**

# LXXIII

Me lo dicen los muchachos: a pesar de que el Hermano cuenta con numerosos sicarios que pueden realizar el trabajo sucio, él mismo quiere consumar la venganza.

—No lo permitiremos, rabí.

# LXXIV

“El problema de mi matrimonio, básicamente, es la incomprensión, la incomunicación. Ya nada es como antes. Recuerdo ese tiempo cuando mi esposa y yo nos sentábamos a platicar. Es cierto que no espero que nuestra vida vuelva a ser como cuando estábamos recién casados; pero no entiendo a dónde se va todo ese gusto y me rehúso a creer que no puedo recuperarlo. ¿Dónde está la atención que ella me ponía, la forma en que se reía de mis chistes, la diligencia con que atendía todas mis solicitudes? Y lo peor de todo, rabí… me da pena decírselo. Lo peor de todo es que ya no hay sexo. Y antes, rabí, qué felicidad. Sexo a todas horas y en todos los rincones de la casa. Sexo en la cocina, sobre la estufa. Sexo en el comedor, sobre la mesa, entre los platos. Sexo en el baño, en la sala, en los sillones, en el piso, en el excusado. Sexo de sabores, colores, olores. Sexo pasión incandescencia virtud pecado competencia sabiduría. Sexo triunfal con guirnaldas de olivo. Dígame, rabí, usted debe saber: ¿dónde ha quedado todo eso, a dónde se ha ido el amor?”

# LXXV

Hortensia deja un breve mensaje sobre el diván.

"No te culpo. Eres un hombre ocupado y yo soy solo una chica inmadura. Me enamoré de ti, es cierto. Pensé que tendríamos un futuro compartido. Ahora entiendo que nunca será. Sabiéndolo, no puedo permanecer a tu lado. Sería demasiado. Mi corazón es suave y tibio como una calabacita recién cocida. Estoy segura de que hay un mundo allá afuera, voy a buscarlo".

# LXXVI

Aquí estoy como todos los días, atendiendo a los fieles seguidores.

Un hombre se queja de que su divorcio le ha costado una millonada, que su ex mujer lo ha dejado en la ruina y le ha quitado todo, incluso sus discos.

¿Debo sentir compasión por este imbécil?

Escucho su perorata como música de fondo, cada vez más lejana. Mis pensamientos divagan en busca de la morenita que me acompañaba. Es una gran ausencia que no me deja ver, no me deja oír... Ni yo escapo de la maldición que persigue a los hombres desde Adán: que busquen y no encuentren, que dejen pasar, que abandonen, que pierdan lo que tienen, que se arrepientan de lo que hicieron, que sigan el camino sin aprender.

—Pinche vieja —dice el fiel seguidor—. A ella ni siquiera le gusta Shakira, pero bien que se quedó con los discos.

Siento a Hortensia hablando a través de mí: —No te hagas pendejo.

Mi fiel seguidor se sorprende, pero ya no tengo más que decirle.

Una parte de Hortensia sigue adentro de mí. Antes había un hueco que usted llenaba. Luego ella llegó y me olvidé de aquel hueco y decidí olvidarla a usted. Nada es realidad, todo es maldición: somos parte de un juego en el que creemos que tomamos decisiones, e igualmente creemos en su momento que son buenas e inteligentes decisiones. En realidad nos rige la estupidez.

Por lo tanto, de nada me sirve llorar la ausencia de la muchachita. Si sufro por ello sería una tontería tanto así como si decidiera no sufrir. Dentro de mí hay un hueco, es el mismo hueco que nunca se ha llenado, el que no se colmaría con usted, con Hortensia o con quien llegue a reemplazarlas. Cualquier decisión que tome sería inútil, una pérdida de tiempo; pero debo decidir, es parte del juego: me doy un golpe en la frente y digo "fuera de mí". No necesito más que esa frase para que los restos de Hortensia abandonen mi cuerpo.

Le abro la puerta a usted nuevamente.

Es la inevitable estupidez quien me rige cuando digo: "Aquí estoy, señora mía, a mis pies hay un tapete que dice BIENVENIDA. Sentado, espero su regreso".

# LXXVII

Finalmente tuve un sueño distinto: no era lo que buscaba, un sueño tranquilo. Todo lo contrario, era como una de esas películas comerciales con violencia gratuita, balazos, persecuciones, patrullas que chocan, carros que dan vueltas en el aire antes de caer en el suelo y explotar.

Soñé que una turba enardecida se acercaba a mi casa. Me acompañaban unos amigos a quienes les suplicaba que me ayudaran a salir de ese aprieto. No sabían qué hacer. Se preguntaban, igual que yo, cuál era la razón de que esa turba pretendiera lincharme. ¿Cuál había sido mi error?

Crecía nuestra desesperación; ahora había coraje, reproches y acusaciones entre mis amigos. Yo les reprochaba nunca haberme apoyado. Ellos me culpaban de mi indecisión, de mi falta de liderazgo, de mi torpeza para tomar decisiones efectivas. Una piedra de pronto rompía una ventana de la casa. Mis amigos, que para entonces eran mis enemigos, temían por sus vidas. ¿Qué tal si nos matan a nosotros? ¿Qué tal si no se conforman con tu sangre y quieren también la nuestra?

La turba ya estaba frente a la casa. El odio sacudía las puertas. ¿Cómo pudo acabar en esto?, me decían. Tan bien que iba y ahora todo se fue al carajo.

Salí al patio trasero para huir del escándalo. Les dije a mis amigos-enemigos que no les quedaba otro remedio más que cuidar la entrada. Entonces fue que decidí rezar:

# LXXVIII

Señora mía:
llévese lejos
este cáliz de dudas,
este sabor amargo,
esta desdicha.
Arranque,
como solo usted
sabe hacerlo,
estos malos
entendidos,
esta inquietud
que se hospeda
entre mis manos.
Nunca quise
esta responsabilidad,
bien que lo sabe.
Durante mucho
tiempo
le hablé y le hablé
pero no estuvo aquí
para responderme.
Míreme ahora.
Perdone
mis errores.
Perdóneme

ese desliz
de la muchachita,
de seguro
ya está enterada,
nada se le escapa.
¿Me creería
si le dijera
que me
recordaba a
usted?
¿Me creería
si le dijera
que nunca
la quise,
que solo
fue algo
pasajero?
Debe
comprenderme:
usted
ya no
me hablaba,
parecía que nada
quería saber
de mí,
que ya no le
importaba.
Y
hasta me pasó
por la cabeza
que usted
ya tenía a otro

hombre,
otro
que la besara,
alguien
más humilde,
sin pretensiones
de ser
Rey
de
Reyes.
Usted
guardaba
ese largo silencio
que era mi castigo.
Yo no soy
bueno
para eso,
señora mía,
para adivinar,
para interpretar.
Usted esperaba
que tomara
mis propias
decisiones,
pero
¿es
que
no
me
conoce
lo
suficiente?

Atienda ahora
esta señal
de humo
que le envía
su humilde servidor.
Es lo único
que me resta
para llamar su atención.

Ayúdeme. ¿Puede ayudarme? ¿Puede perdonar?

# LXXIX

¿Cuándo empecé a creer en usted?

Cuando estaba en la oscuridad del encierro.

Cuando estaba agazapado, temblando, rodeado por la soledad del encierro.

Cuando la desesperación elevaba sus olas y me engullía.

Cuando naufragaba y a lo lejos no había barcos ni rescate posible.

Mi juventud derrotada por errores que no busqué, pero que fueron tan fáciles de cometer.

Como le sucedió a mi padre.

Ahí estaba, ahogándome en un mar sobre el cual creí poder caminar. Pero me hundí. El agua se negó a sostenerme.

Perdido en la profundidad, la oscuridad de aquello que llaman encierro, pensé en la muerte como si fuera un dinero que de repente llega para saldar una deuda con un amigo. Le di la bienvenida.

Lázaro estuvo ahí para salvarme.

—Chuy —me dijo—, ya deja de chillar.

—Yo tuve la culpa, Lázaro, maté al Pequeño sin necesidad.

Mi amigo me hablaba lentamente, remarcando cada sílaba para asegurar que ninguna se escapara: "Nunca vas a salir de aquí, debes perdonarte".

Entonces fue que abrí los ojos y supe que usted estaba a mi lado, que usted siempre estaría a mi lado.

Supe que yo era Jesucristo y la besaba a usted. Supe que era Jesucristo precisamente porque la besaba, porque había sido bautizado por la humedad de sus labios.Y así empezó este peregrinaje.

Y por eso estoy aquí.

No debo olvidarlo.

# LXXX

Me despierta una sombra a la mitad de la noche, una presencia en la oscuridad. Pregunto quién es, no responde. Solo siento que esa presencia se acerca y de pronto se encuentra a mi lado. Ahí permanece unos segundos, en silencio. No distingo su rostro, pero siento su respiración. Pone suavemente su mano sobre mi frente.

Me dice: "Jesús, ¿me escuchas?".

Creo reconocer a Lázaro en esas palabras.

Me dice "Tienes que despertar, llevas mucho tiempo dormido".

Trato de sostenerlo con las manos, incluso le hablo ("Lázaro, aquí estoy"), pero solo encuentro el vacío de la oscuridad.

Enciendo la luz, nadie a mi alrededor. Solo la voz de Ezequiel que, del otro lado de la puerta, me pregunta si todo está bien.

Todo bien, le digo. Pero no apago la luz.

# LXXXI

No fue suficiente con solo desearlo. El sueño persiste: abajo, abajo, abajo. Sigo cayendo.

# LXXXII

Soy Jesucristo y algún día volveré a besarla.

Soy Jesucristo y la besaré apasionadamente.

Serán besos mesiánicos, salvadores; besos en sus manos y sus pies.

Soy Jesucristo y buscaré sus labios para besarla una vez tras otra.

He caminado sobre agua, he multiplicado pan, me he parado en montes y desiertos. Y lo he hecho todo por usted.

Aún me siento como un recién casado, con deseos de hablarle por teléfono cada minuto. Aún anhelo un futuro lleno de hijos y nietos, lleno de delicias.

Soy un Cristo enamorado, un Cristo feliz.

# LXXXIII

Me despierta Ezequiel, disculpándose por la interrupción. Está bien, está bien (estoy rodeado de ineptos). Ahora recuerdo, yo le dije que me despertara.

Hoy es un día memorable.

Ezequiel me informa que afuera hay muchas personas, más de las que esperábamos, todas ellas en busca de una señal. Es hora de ser esa luz, ya no más indecisión.

A través de la ventana veo a la multitud que se está reuniendo, respetando cautelosamente la valla que me han hecho los muchachos. Hombres maduros y ancianos, amas de casa, estudiantes, burócratas, ejecutivos, obreros y campesinos, todos ellos esperándome.

Hay un ambiente de fiesta en el barrio. En los cables de la luz han colgado listones de colores. Las señoras han abierto sus hogares a los peregrinos ofreciendo tamales calientes y pozole. Sale música de las casas. Surgen aromas a flores y pan recién horneado. Vendedores ofrecen churros, hot dogs y figurines de mí y de los apóstoles.

He girado instrucciones de que quiten el sistema de sonido ya que no será necesario este día. Hasta la última persona, en el último rincón podrá escuchar mi voz. Está escrito que así será.

# LXXXIV

Tomo mi tiempo para seleccionar un atuendo adecuado. ¿Traje y corbata? Prefiero algo más informal, guayabera, tal vez vestirme de blanco. No me caería mal un poco de tinte en el cabello. Me lavo las manos con parsimonia. Me pongo gel, practico varios peinados. Ensayo expresiones, movimiento de manos. Hay un lenguaje corporal, debe haber armonía entre discurso y cuerpo.

Unos segundos para ponderar sobre mi vida: solo han pasado tres años desde mi retorno al barrio después del encierro. Pienso en todo lo que ha, todo lo que he, todo lo que hemos. Suspiro.

—Ezequiel.

—¿Rabí?

—No tienes por qué estar nervioso.

Antes de salir, me contemplo en el espejo: ahí estoy, entero y sonriente, sí.

Abro la puerta: la euforia, la algarabía, la multitud que aclama a su líder, su esperanza.

Es un día memorable: sol y nubes en su lugar, como debe ser.

Observo con orgullo la formación de jóvenes, mis muchachos, uniformados y listos para recibir mis instrucciones. Observo con orgullo la inmensidad de sus filas.

Reporteros y cámaras de televisión están detrás de la valla. Les gustaría una tragedia, ser los primeros en reportarla. Algunos intentan acercarse. No habrá entrevistas, todo será desde lejos.

Un asesino también intenta acercarse, lo presiento. Deseo llegar primero a donde él está, besarle la mejilla, decirle: “Her-

mano, es a mí a quien buscas. No importa nada lo que decidas hacer, ya nada de eso tiene importancia".

Apóstoles, muchachos, romanos… prestadme sus oídos. Finalmente he decidido resolver el asunto de la crucifixión.

Me dispongo a informarles.

&

# Apéndice

# Nuestro hombre en Tijuana

Julian Herbert
*Letras Libres*
julio 2009

Luego de algunos años de silencio, Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana, 1962) publica una nueva novela: *Aparta de mí este cáliz*. La base argumental es de sobra conocida: un pastiche de la crónica contenida en los Evangelios. El personaje principal, Jesús, narra en primera persona la serie de eventos que culminan con su transfiguración en Mesías y su confrontación con "el pueblo", multitud cuya sed de milagros y sacrificio es nauseabundamente inagotable. El recurso no es nuevo: lo han empleado autores como Vicente Leñero, José Saramago o Nikos Kazantzakis —por citar únicamente las referencias obvias—. Crosthwaite aporta al tema una originalidad que radica no tanto en el ingenio con que adapta los sucesos a la Tijuana contemporánea como, sobre todo, en la peculiar tesitura de su lenguaje: en su capacidad para, integradamente, chapurrear latín, incorporar la grave enunciación de los evangelios originales, reinventar con ritmo gozoso el habla del barrio, o desacralizar sin alharaca las más filosas aristas del dogma:

> El apóstol Mateo me ayuda con mi declaración de impuestos. Es un meticuloso contador público que hace hasta lo imposible por lograr una buena deducción. Según él, todo es deducible, incluso la vida misma. Tiene un portafolio de donde saca libros y libretas cuadriculadas con hojas de color verde. Hace preguntas indiscretas que trato de responder con la mayor sinceridad posible.

Apóstol: ¿Cuántos hijos tiene, rabí?
Jesús: Cero.
Apóstol: ¿Seguro?

Crosthwaite prescinde de la gravedad filosófica, del lugar común filomarxista, de la tragedia psicológica: su preocupación es construir un lenguaje a caballo entre la estética surrealista, la parodia a los discursos de las democracias judeocristianas, y los disímiles estratos del habla del presente. En este sentido, *Aparta de mí este cáliz* linda con la más impura poesía latinoamericana: la de Augusto de Campos, la de Néstor Perlongher, la de Osvaldo y Leónidas Lamborghini.

Crosthwaite toma una decisión sutil pero brillante, decisiva en el plano de la anécdota: contravenir a diestra y siniestra (a diferencia de Leñero, Saramago o Kazantzakis) las cúspides iconográficas del relato bíblico. Así, aunque el personaje es Jesús y tiene apóstoles y predica entre la muchedumbre e incluso resucita a Lázaro, no morirá en la cruz ni recuerda haber pronunciado el sermón de la montaña ni tiene a romanos y fariseos como sus principales antagonistas. Este Jesús es más bien un ídolo pop, un líder post-sindical, un miembro del partido, un hombre común y corriente que ha sido asaltado por la más sublime probabilidad demagógica: la de llegar a ser elegido como El Verdadero Redentor. No es, por supuesto, el único candidato; la Salvación ha caído tan bajo en el ámbito de realidad en que el relato transcurre (un ámbito, diré de paso, no muy distinto al nuestro) que cualquier cínico cazafortunas se cree digno de ser mesías o presidente de la república (o director del CECUT).

El sueño es un factor fundamental dentro de la novela, la cual arranca ni más ni menos que con esta línea: "Soñé que era Jesucristo y la besaba a usted." Este enunciado contiene ya el *leitmotiv* y el punto de vista que darán cauce al relato. Jesús es, ante todo, un Cristo carnalmente enamorado: aunque no hay citas tex-

tuales, el ritmo de toda la primera página del libro es una inequívoca ofrenda en el altar del bolero.

Jesús es también un hombre que, en algún momento de su vida, ha sido encarcelado por un crimen estúpido y sin sentido: el asesinato de El Pequeño, un joven que solía tratarlo con especial deferencia —probablemente debido a la semejanza física de Jesús con El Hermano, hermano mayor de El Pequeño e invisible antagonista a lo largo de la novela—. Desde "el encierro", Jesús acometerá la narración de dos sueños recurrentes: en uno de ellos cae de manera interminable desde una barda (referencia a la manera en que él mismo ha asesinado al Pequeño, lanzándolo —por causa de una discusión futbolera— desde un tercer piso); en el otro, que es el campo de acción de la mayor parte de la historia, Jesús sueña que es Jesucristo y besa a una mujer a la que le habla de usted. Sin embargo, y lejos de ser fiel a su amor onírico-platónico, la profunda carnalidad erótica de este Jesús fronterizo se canaliza también a través de Hortensia, una joven sirvienta aportada al rabí por la multitud que lo venera.

Los planos narrativos construidos por Crosthwaite en *Aparta de mí este cáliz* son de una sencillez engañosa. Jesús (en una suerte de homenaje a *La noche bocarriba*, de Cortázar) parece estar dormido en su prisión, junto a Lázaro, mientras el relato transcurre; al menos eso da a entender una de las escenas culminantes del libro. Esta acción (soñar) deviene juego de espejos, creando sucesivos planos argumentales. En el primero y más superficial, Jesús es simplemente un presidiario que duerme. En el segundo, Jesús le habla entre sueños a una mujer a la que desea besar (no sabe bien a bien quién es ella: su identidad ya se había difuminado cuando el sueño comenzó), y le describe a *dream within a dream*. En este tercer plano (el sueño dentro del sueño), Jesús es el hijo pródigo que vuelve a casa tras cumplir su sentencia, sólo para ver cómo la modernidad ha devastado su barrio convirtiéndolo en una colmena de Oxxos y gasolineras

(esta zona particular del relato es un emotivo homenaje al Saico, personaje principal de *El gran pretender*, uno de los primeros libros de Crosthwaite). En un segmento consecutivo al anterior, Jesús es el Mesías, líder de los apóstoles y los muchachos, salvo que no conoce a los apóstoles ni recuerda haber estado con ellos en Galilea: todo eso ya había sucedido —de nuevo— cuando el sueño comenzó; por eso su confianza se centra en "los muchachos", nuevos cholos de su barrio y brazo armado de su séquito. Finalmente, en un plano que opera como contrapunto del relato bíblico, Jesús sueña que cae: cae sin cesar hacia el interior de su(s) sueño(s) junto a otras personas, otros soñadores que caen también y, a lo largo del descenso, conversan animadamente acerca de los sucesos que vienen imaginando.

Si bien la técnica narrativa es compleja hasta el borde de la tautología, el autor la ha desarrollado mediante una prosa de cepa kafkiana: más que externar sesudas reflexiones en torno a su múltiple irrealidad, las capas que conforman el relato se superponen con una lógica inexorable, natural, paranoide y, por supuesto, divertidísima.

Todos los libros que Crosthwaite ha publicado hasta ahora llaman a la risa. Todos, asimismo, contienen un acerado hilo de tristeza, violencia y desasosiego. Esta nueva novela no es una excepción. Por añadidura, Crosthwaite logra aquí un nivel de prosodia que supera a mi juicio la dicción de sus relatos anteriores, y cuya cercanía estética con algunos poetas mexicanos nacidos en los setenta y ochenta —desde Luis Felipe Fabre hasta Sergio Ernesto Ríos, desde Pedro Guzmán hasta Maricela Guerrero— me resulta evidente. *Aparta de mí este cáliz* es una novela para precristianos y ateos, para tradicionalistas y posmos, para cínicos y paranoicos: para todos aquellos que aún conservan su alma. Es una historia vuelta a contar: algo que los lectores más infantiles o viscerales apreciamos sin medida. Pero es también una mirada impía sobre las relaciones entre la economía espiri-

tual y la economía política: un tema acerca del cual muchos ciudadanos quisiéramos debatir el día de hoy. &

# Un Jesucristo para Tijuana

Claudia Guillén
*Revista de la Universidad de México*
Agosto, 2009

La geografía dividió imperios en fragmentos que más adelante devinieron naciones, y estas fueron construyendo su propia individualidad aderezada con diversas circunstancias: perfil territorial, religión, costumbres, tradiciones, o la mezcla de varias de ellas en constante evolución. Más allá de que la cultura de los habitantes en ciertos territorios se haya configurado en el mestizaje que es consecuencia de toda colonización, la idiosincrasia, cuyos ingredientes son las múltiples adaptaciones de lo propio con lo llegado de fuera durante el paso de los siglos, les otorga una identidad única que, a su vez, sumándose a la de los vecinos, suele construir el rostro de cada país. En México, por ejemplo, las regiones no sólo se diferencian por acotaciones territoriales; también por la gastronomía, el clima y demás características. Si bien existen comunidades con una fuerte carga de tradición y diversidad lingüística, hay otras marcadas por su situación geopolítica fronteriza, como es el caso de la Baja California y, en particular, el de la ciudad de Tijuana.

El mitológico "Rancho de la Tía Juana", que hace poco más de un siglo era tan sólo un sitio de paso para quienes viajaban a las grandes ciudades de la Alta California, sufrió durante el siglo XX una de las transformaciones más sorprendentes, hasta convertirse en el gran laboratorio donde se ha gestado un sinnúmero de procesos sociales que van desde la zona libre de diversión más conocida en nuestro país y los Estados Unidos, pasando por la inmigración tumultuosa, hasta el de ser sede de uno de las principales organizaciones delictivas de las últimas décadas, dando origen a

esa "leyenda negra" analizada por Humberto Félix Berumen en su libro *Tijuana la horrible*. Si bien su cercanía con el país del norte ha hecho que se le etiquete como "ciudad de paso" para diversión de los gringos —quienes acuden a ella para dejar salir "sus bajas pasiones"—, o como "puerta de escape" para los paisanos que quieren vivir *the american dream*, también es cierto que en las últimas décadas del siglo pasado se fue conformando como un polo cultural, artístico y literario refrescante, donde tanto la novedad como la diversidad de puntos de vista fueron los elementos principales, con lo que ejerció su derecho a encontrar —o construir— una identidad propia, para enseguida mostrársela al mundo.

Es Tijuana el espacio que Luis Humberto Crosthwaite (1962) ha elegido como escenario de la mayoría de sus libros. Por ella deambulan los personajes de *Estrella de la calle Sexta* y *El gran pretender*, ahí llegan los que precisan de ciertas *Instrucciones para cruzar la frontera* y en sus calles es fácil localizar a quienes están *Idos de la mente*. A través de los pobladores de sus barrios emblemáticos y colonias populares, el autor ha llevado a cabo sus juegos narrativos siempre cargados de ironía, melodías melodías populares, pasiones fronterizas y una crítica soterrada a la sociedad que lo vio nacer. Luis Humberto es, pues, un fiel retratista de las situaciones que incumben a su cultura, que no es propiamente la mexicana, ni siquiera la bajacaliforniana, sino la tijuanense. Ha observado, padecido y gozado la ciudad; la ha narrado una y otra vez sin agotarla, y la ha convertido en materia de experimentación literaria, como lo muestra en su novela más reciente, *Aparta de mí este cáliz*, publicada bajo el sello de Tusquets Editores.

Después de seis años de un aparente silencio literario, Crosthwaite aparece con un nuevo relato donde, si bien no nombra de modo directo su ciudad natal, es fácil reconocerla a través de los trazos rápidos y precisos que Chuy, el narrador y protagonista de la historia, enuncia a lo largo de las escenas. *Aparta de mí este cáliz*

es un ejercicio literario con una fuerte carga irónica que va de la mano con la provocación y crítica, donde nos muestra una urbe que requiere un Mesías, quizá para llenar el vacío con que el hombre contemporáneo debe lidiar a diario. El tino del autor es innegable: si apareciera un Mesías hoy, creo que Tijuana sería uno de los posibles espacios para darse a conocer.

Para otorgar credibilidad a su protagonista, a este nuevo Salvador, Crosthwaite acude al mundo de lo onírico: un día Chuy sueña que es Jesucristo. Esta credibilidad resulta sustancial para la novela, porque Chuy es un tipo ordinario que no cuenta con ningún atributo mesiánico: sale de la cárcel después de haber sido el líder de su banda en una colonia pobre y azotada por el abuso de quienes ostentan el poder. Sueña que es Jesucristo, sí, pero su conducta más bien nos remite al perfil de un individuo cargado de pecados, faltas e infracciones a la ley de los que no llega a arrepentirse. Hombre común y corriente, se halla más cerca de las debilidades de mente y carne que de la espiritualidad y la paz interior características del Rey de Reyes.

Presentes a lo largo de los fragmentos que integran el relato, los símbolos bíblicos sin embargo están trastocados por una visión moderna, sobre todo realista, de la sociedad. Es decir, el nuevo Mesías nos habla del Imperio Romano que, como sabemos fue el brazo ejecutor de Cristo, se refiere por supuesto a los gobernantes corruptos de la Tijuana actual, desinteresados de la problemática de la población más marginada y pauperizada de la ciudad. Los profetas, por su parte, pueden ser portadores de la palabra de quienes aspiran a una posición más alta en la pirámide social, o bien representantes de quienes compiten con Chuy para convertirse en la encarnación de Jesucristo en esta era contemporánea. Rabí, Chuy o Jesucristo, tienen sus propios apóstoles, aunque no están muy de acuerdo con su desempeño actual. En el pasado era otra cosa, lo seguían, era su líder indiscuti-indiscutible; pero ahora lo cuestionan porque se ha transformado

en un Jesucristo que no cree en la crucifixión, e incluso duda de su posibilidad de reencarnar al tercer día.

En otros barrios hay diferentes mesías, también populares, que al igual que nuestro protagonista atienden a la gente que acude a ellos como quien va al templo a solicitar consejo de un sacerdote. Sin embargo, no lo hacen en iglesias, sino en changarros destartalados que abren sus puertas según el humor de quien los regentea; en ellos se sanan las apuraciones del cuerpo y también las del espíritu, como le ocurre a un personaje que, por medio de la voz del narrador, se refiere a la ausencia del ámbito literario durante seis años de un autor que en el pasado ganó prestigio no sólo por la calidad de su obra sino además por su constancia al publicar. De esta forma el autor de *El gran pretender* se asoma ante los lectores en este mundo de realidades no siempre gratas. Un guiño de Luis Humberto para dejarnos en claro que, en su observación irónica del mundo, ni él queda excluido.

Narrada en primera persona, en fragmentos breves de prosa fluida donde se intercalan algunos diálogos, como casi todas las novelas del autor, *Aparta de mí este cáliz* no presenta una historia lineal, ni mucho menos tradicional. En su trama observamos cómo el mundo contemporáneo posee características muy similares a las del antiguo, en una eficaz imbricación que nos demuestra claramente como la esencia del hombre y de las sociedades que construye permanece idéntica desde los orígenes. Las necesidades del ser humano son las mismas de hace dos milenios, igual que sus reacciones ante el poder, ante los conflictos que lo apabullan. El protagonista es un personaje por demás complejo, lleno de esas dudas que reflejan el mundo interior de quienes habitamos ciudades amenazantes, como hay tantas en nuestro país.

Crosthwaite recrea su propia tradición, utilizando recursos atípicos o poco convencionales. No duda en dejar el relato abierto, quizá porque, con lo ya narrado, resolver el conflicto o tratar de dirigir al lector hacia alguna conclusión estaría de más. En este

mismo tenor, en determinados fragmentos aparece una mujer de la que nunca sabemos sino lo que el narrador nos informa, que no es mucho: se trata de una suerte de virgen sin nombre, a la que Chuy habla continuamente en un discurso cargado de imágenes cuyo eje es el deseo de besarla y profesarle su amor. Parecería incluso que esta mujer es su mayor impulso para competir por el puesto de Mesías.

A pesar de su brevedad, son muchas las situaciones que convergen en *Aparta de mí este cáliz*, lo que vuelve a la novela densa, compleja, rica en posibles interpretaciones, fácil de leer pero al mismo tiempo doblemente difícil de describir de una manera rápida. Tras seis años de espera por una nueva obra suya, el autor nos demuestra con ella que, aun sin publicar, nunca se alejó del oficio literario, que en ese tiempo se trazó un reto del que ahora sale airoso, que su probado oficio le sirvió para desentrañar un universo —el suyo— cargado de situaciones difíciles. El humor, como un elemento que ayuda a comprender y digerir tales situaciones, y los sueños como recurso para enfrentarlas, nos hablan de un narrador lúdico, acostumbrado a sonreír ante sus personajes e historias, ante sí mismo. Su firme retorno hace que la temporalidad de su ausencia pierda peso, pues con *Aparta de mí este cáliz* resulta evidente que Luis Humberto Crosthwaite conserva la imaginación, la fuerza estilística y la lucidez de siempre. No sabemos qué historia nos depara su próximo libro, pero por lo pronto a sus personajes se ha integrado un Jesucristo que deambula por las calles de Tijuana, y eso no es un logro menor. &

# Reintérprete de la figura mesiánica

Entrevista
*Informador.mx*
Marzo, 2009

GUADALAJARA, JALISCO - Hay una pregunta obligada para el narrador mexicano Luis Humberto Crosthwaite (Tijuana, 1962) ahora que su nombre ha vuelto a escribirse en las listas de novedades editoriales del país. Desde que apareció *Instrucciones para cruzar la frontera* (1992), título celebrado por la crítica especializada, se sumergió en un silencio narrativo. Entonces, ¿por qué una ausencia tan prolongada?

"Nunca he considerado que como escritor tenga la obligación de publicar cada año. Para mí pasaron seis años sin un libro nuevo, es cierto, pero ni los sentí. Me dediqué más al periodismo, a escribir columnas; hice varios trabajos relacionados con el tema de la migración. Me aparté de la literatura, sí. Puedo decir que estuve más interesado en la realidad que en la ficción en todo este tiempo. Me gustaría dar una respuesta novelesca, pero las cosas son así de sencillas", responde.

A pesar de esta situación, Crosthwaite nunca dejó de ser considerado como uno de los narradores jóvenes más destacados de México. *Aparta de mí este cáliz* (Tusquets), su "pequeño libro blasfemo", como él lo califica en esta entrevista telefónica desde el Distrito Federal, ha venido a reforzar ese título con creces. Apenas hace pocos días que fue publicado y en las reseñas que han aparecido tanto en publicaciones informativas como literarias a lo largo del país no hacen más que agradecer el regreso a las letras de este autor con "una de sus obras más logradas".

La historia de este libro está basada en la reinterpretación de la vida de Jesucristo por Crosthwaite. En *Aparta de mí este cáliz*,

Jesús regresa a casa transformado en una celebridad después de un exilio temporal. Él es un hombre que vive en el norte de México y está sumergido en un sueño, está enamorado de una mujer a la que le habla de usted y es protegido por unos seres a los que él llama "los muchachos".

"Este libro responde a una de mis obsesiones: la Historia. Tengo años leyendo libros serios sobre el cristianismo en su primera época, pero lo convertí en una narración nada seria. Una reinvención, casi parodia, de este tema. La historia no tardé en tramarla. Lo único que hice fue tomar la figura de Jesús y aterrizarla en mi entorno. Lo escribí con gusto, y hace mucho que no me salía algo con gusto", advierte.

El autor señala que *Aparta de mí este cáliz* surgió de una especie de paréntesis que hizo con otro libro en el que trabajaba. "Me sirvió de vacaciones. Fue para mí como un viaje a Cancún".

No son pocos los que admiran la singular forma en que escribe Crosthwaite y adulan, especialmente en este libro, la peculiar tesitura de su lenguaje que combina algunos elementos del latín, la poesía y un ritmo gozoso.

"Soy muy correcto en el sentido de que no me gusta empezar a escribir sin saber que la historia va a ser terminada. No soy de los que toma apuntes, por eso me tardo tanto en escribir un libro, por más pequeño que sea. Me obsesiono con el tema y luego desarrollo la historia mentalmente: camino al trabajo, en el cine, en la comida, siempre pienso en ella. Cuando me pongo a escribirlo, exijo de mí una estructura que no sea lineal ni cronológica, que tenga ciertas exigencias para el lector. Escribo los libros que a mí me gustaría leer: libros que no te den todas las respuestas", puntualiza. &

# Portadas

Bajo la dirección de Verónica Flores Aguilar, Tusquets Editores México siempre procuró estar en contacto con sus escritores para estar al día en lo que trabajaban. Más aún cuando estos ya se habían comprometido a entregar un manuscrito, ya se les había pagado un adelanto y la fecha de publicación estaba agendada.

Mientras yo escribía *Aparta de mí este cáliz,* Verónica me envío, de una en una, varias posibles portadas para el libro; supongo que en un afán de que me apurara a terminarlo.

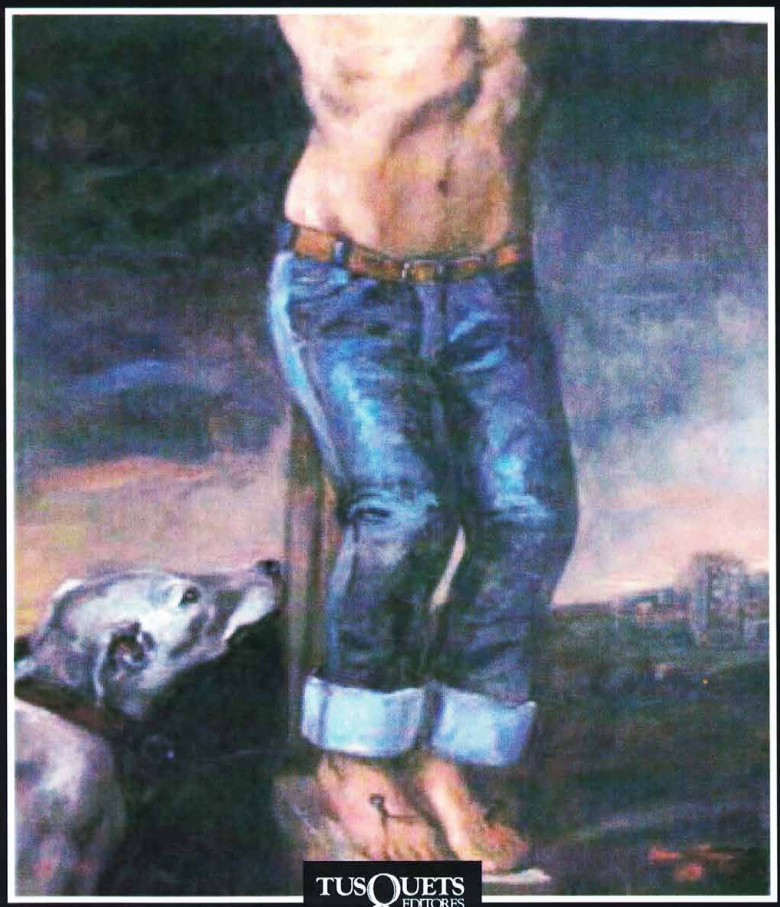
Las primeras opciones no me gustaron, eran demasiado tradicionales para la visión que yo tenía de la novela. Pero pronto descubrimos a Orticanoodles, un artista italiano que estampaba en Milán el rostro del actor Robert Powell, protagonista del clásico film de 1977, *Jesús de Nazaret*. Me gustaba el contraste del rostro mesiánico en distintas ubicaciones de la ciudad italiana y finalmente nos decidimos por una, la que se usó como la portada definitiva. A continuación encontrarás el resto de ellas.

LHC

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

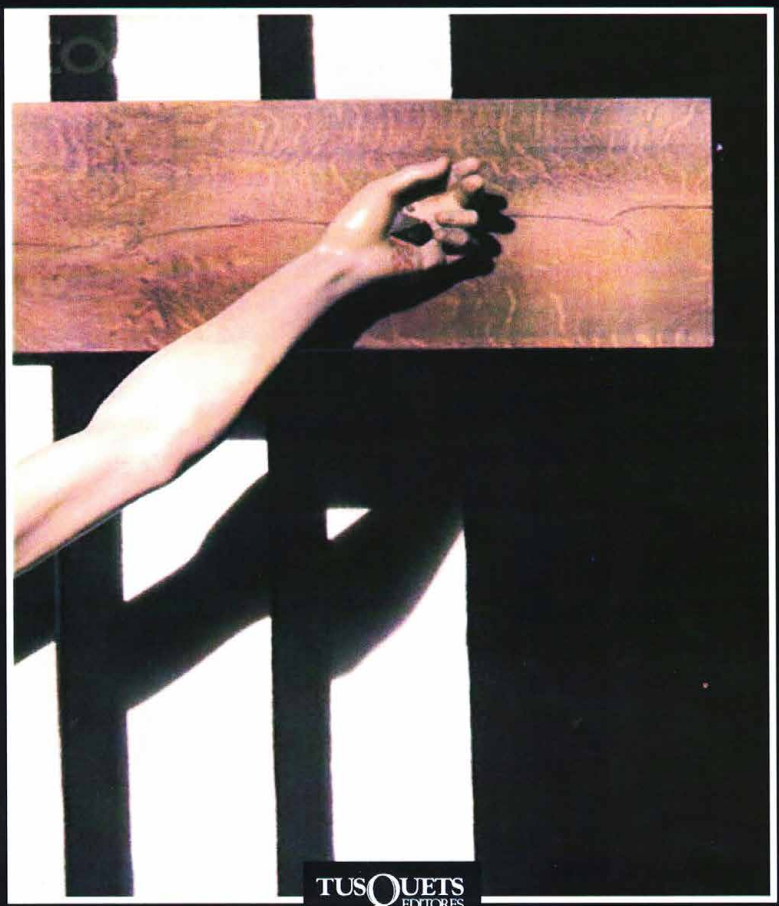


TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

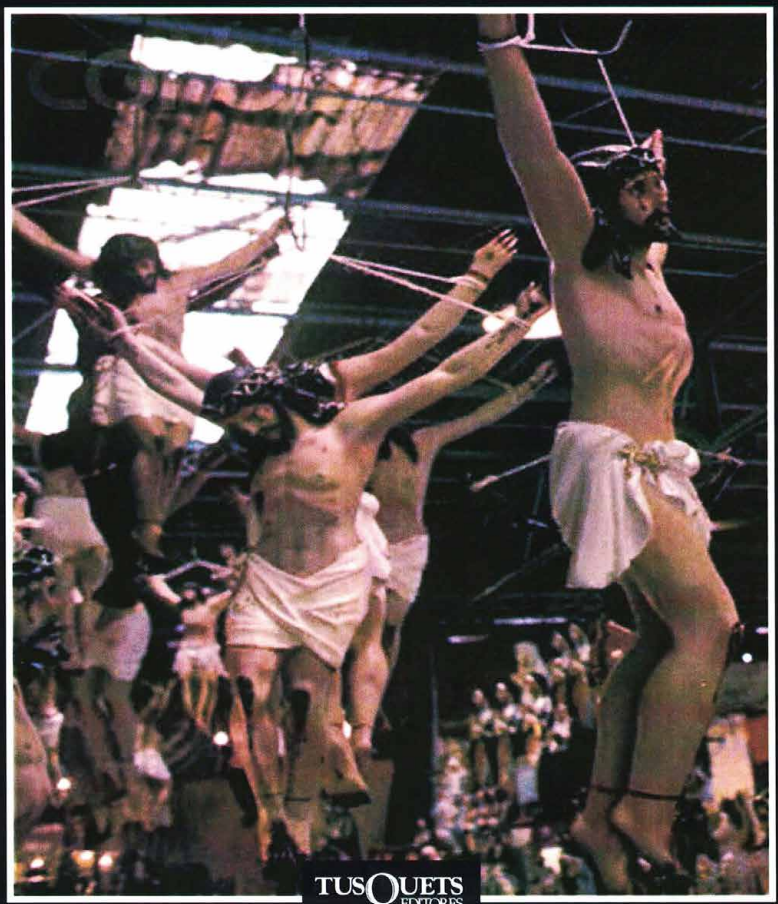


TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

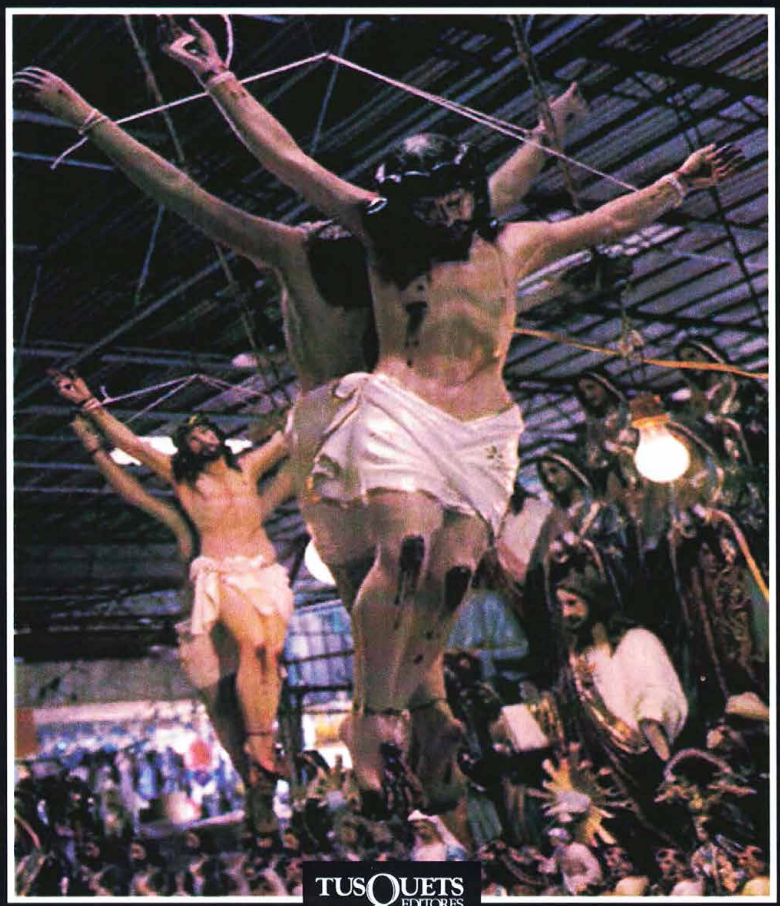


TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*



TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

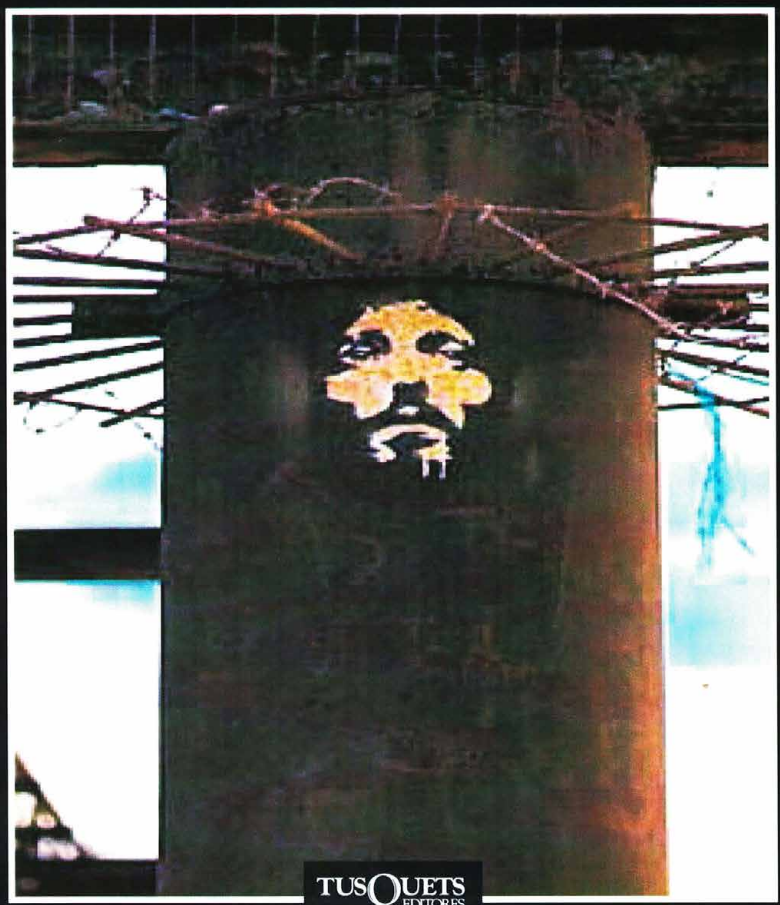
*colección andanzas*

TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

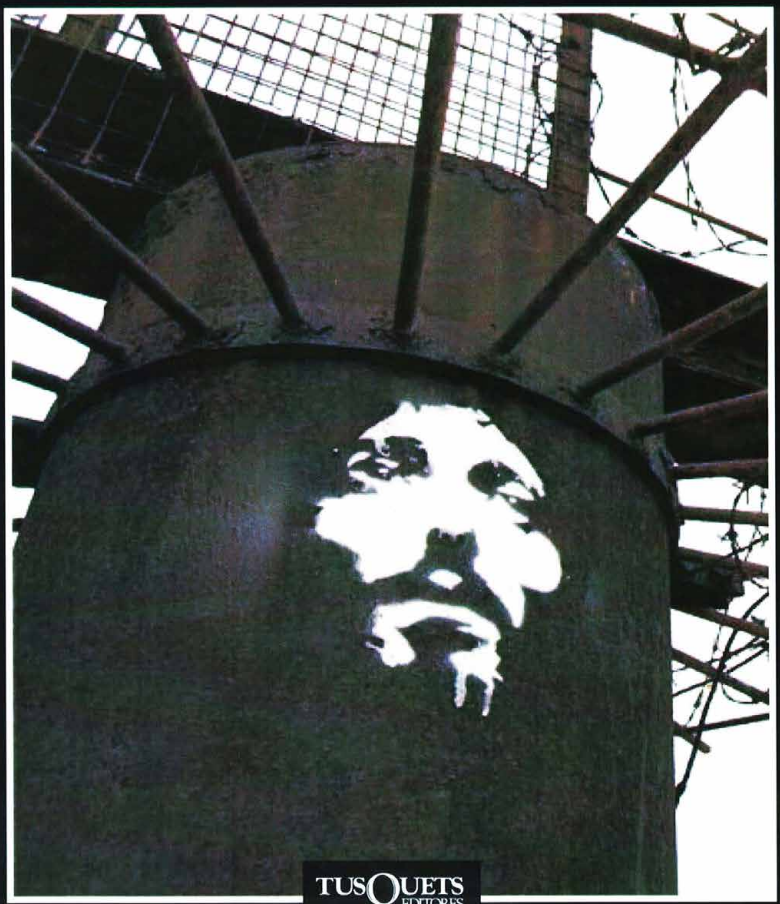


TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

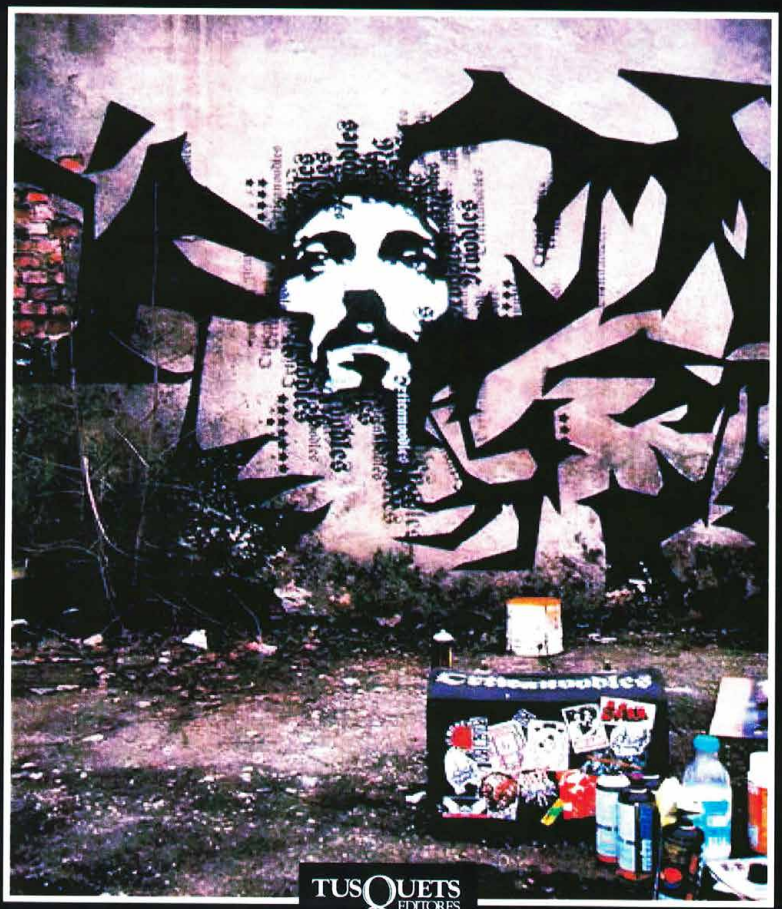


TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*



TUSQUETS EDITORES

Luis Humberto Crosthwaite

# APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

*colección andanzas*

TUSQUETS EDITORES

## Colofón

La novela
**Aparta de mí este cáliz**
se diseñó en La Mesa de Tijuana
y su cuidado estuvo a cargo
de Karla Rojas Arellano
y el autor.

Se empezó a distribuir gratuitamente
en el día de los Fieles Difuntos,
el 2 de noviembre de un año
en el que hubo demasiados.
Sirva esta publicación digital
como un homenaje
a la gente que hemos perdido.
Amén.